La Ilustracion Artística

AÑO X — BARCELONA 20 DE JULIO DE 1891 — NÚM. 499

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



DON ENRIQUE SERRA, retrato copia del medallón en bronce esculpido por el profesor Kopf

Dibujado por Julio Morelli

SUMARIO

ENRIQUE SERRA

Algunos años han transcurrido desde que tuve ocasión de conocer y tratar á Enrique Serra. Había venido de Roma gravemente enfermo, herido por una de esas terribles perniciosas que destruyeron la preciosa vida de Fortuny. No he olvidado todavía



Estudio: dibujo al lápiz de D. Enrique Serra

aquel rostro demacrado, aquellos ojos hundidos, aquel color terroso; en una palabra, la juventud y el genio en lucha implacable con la muerte. En su mirada brillaba el ansia de la vida, mezclada con los fervientes anhelos del arte; las manos pálidas y descarnadas mostraban el inútil gesto de asir los pinceles; sus labios amoratados lucían grata sonrisa en la que se vislumbraban los bellos horizontes que abarcaba el artista con su fantasía soñadora mientras tenía el cementerio delante de sus ojos.

No había cumplido Serra veinte años y nadie creía que llegase á cumplirlos.

Tenía un ángel á su lado, una criatura, prodigio de belleza y cariño, que no se movía de la cabecera de su cama, atenta á sus menores deseos, llevando con sus miradas y sus sonrisas ráfagas de alegría al moribundo. Aquella niña fué más tarde la amante compañera del artista, quien en todas sus obras ha desparramado rasgos de su hermoso rostro y vislumbres de su cariñosa expresión.

La fiebre fué vencida y la juventud derrotó á la muerte. Desde las negras sombras infinitas donde comenzaba á hundirse su alma, volvió Serra á la luz, rechazando á la *malaria*, que desde entonces, como enemigo prisionero, amarró á su carro de triunfo. Aquella *aurea mephitica* de la campiña romana, emanación brillante y ponzoñosa de las paludes pontinas, donde flota el espíritu de la muerte, se convirtió de contrario terrible en amigo cariñoso; la causa de dolor y aniquilamiento se trocó en manantial de vida y de gloria. No pudo tomar el artista mejor venganza de aquel invisible y traidor enemigo después de la ruda batalla, erigiéndole en ídolo de su pincel, como hacen esos pueblos que adoran á los monstruos temidos para desarmarlos de sus iras y crueldades.

Parece como que Serra, una vez libre de los gérmenes destructores que minaban su existencia, conservó viva é indeleble la impresión de esa siniestra hermosura con que disfraza su mortal fiereza el dorado ambiente de la campiña romana. Desde «El Arbol Sagrado» al «Hermes» y al «Latium,» tres grandes creaciones de este artista, doquiera asoma el falaz brillo de esa atmósfera que se cierne sobre los terrenos de Lacio como nube putrefacta sobre el desierto campo de batalla, esos vapores que llevan en su seno vestigios de la sangre que fertilizara aquel limo, polvo de las ruinas que atestiguan el pasado poderío, átomos de las aras derrocadas y de las estatuas sepultas.

Enrique Serra, nacido en pobre hogar, hijo del pueblo, ha tenido dos grandes acicates en su vida: la necesidad y el talento; aquélla obligándole á trabajar, éste forzándole á producir. ¡Cuántos genios se han esterilizado en el sensualismo del bienestar!

Su talento, sin cesar estimulado por el arte, aguijoneó su ansia de saber. Lleno de intuición, pero falto de estudios, llegó á Roma. Hoy es, más que un hombre ilustrado, un erudito, gracias á sus solos esfuerzos, y en verdad asombran los conocimientos que ha llegado á adquirir con su perseverancia incesante, puesto al servicio de su cariño profundo á la gran ciudad donde ha encontrado segunda patria. Lo que le enseñaron las ruinas, sumado á lo que ha aprendido en los libros, llevaron á su entendimiento clara idea de toda la grandeza histórica de Roma; y de esa percepción íntima de todas las civilizaciones que han tenido asiento en la ciudad de los Césares y de los Papas, brotó su profunda admiración, en la cual se confunden el amor al paganismo con la devoción del cristiano.

Nuestro artista se ha encariñado con Roma de modo tal, que no encuentra lugar alguno que le aventaje. Ha comprendido su espíritu y se siente penetrado del soplo artístico que escapa de su tierra. Los recuerdos que en todas partes surgen y las grandes obras que doquiera se admiran, el predominio dos veces ejercido sobre todo el mundo, la primera vez con la fuerza, la segunda con la idea, llenan de asombro la mente del artista que se deleita en la contemplación de sus grandes obras y de sus gigantescas ruinas.

Enrique Serra, influído por ese medio-ambiente, propende, como es natural, á las concepciones idealistas, á la expansión de la fantasía, á la espiritualización de la materia, tomando tan sólo pie de la realidad para remontarse á esos espacios luminosos donde vagan las imágenes indecisas de los recuerdos y de los ensueños.

Es imposible contemplar los insignificantes restos de un muro, un fragmento de antiguo ídolo, los pedazos mohosos de un acueducto sin que la imaginación pierda de vista la realidad para evocar las fantásticas imágenes que el sentimiento de la pasada grandeza resucita, sin que ese espíritu de lo que fué, que parece errar entre las ruinas, anime todos los objetos y les infunda ese carácter poético y melancólico, donde se refleja el temperamento soñador excitado por los recuerdos que emanan del cerebro. Por esto Serra, que conoce á conciencia la historia romana y que sabe sentir, no puede ceñirse á la mera copia de la realidad que, en su miseria viviente, habla al artista con misteriosas voces y se le aparece llena de matices y vibraciones que nunca el indiferente pudo vislumbrar.

Como antes insinuamos, Enrique Serra pinta á la vez esos recuerdos animados de la Roma antigua y las formas ideales del arte cristiano. En sus ruinas y campos desolados y cenagosos, resto de la grandeza caída, derrama la tristeza de la muerte, la florescencia de la putridez, la expresión extática y suave de la realidad velada. En sus cuadros religiosos, como en las obras de los artistas del Renacimiento, hay el influjo de lo clásico, una adoración á lo plástico que envuelve lo espiritual, como de quien gusta tanto del búcaro como de la esencia. Cuando traslada al lienzo las imágenes del antiguo paganismo, infiltra en ellas algo de su temperamento espiritualista, y en sus cuadros religiosos se deja ver el enamorado del arte clásico que no sabe mirar con desprecio la forma y procura enlazar la gracia pagana con el espíritu cristiano.

Enrique Serra es infatigable en su labor, fácil siempre y variada. Ora nos ofrece larga y pastosa pincelada en sus paisajes, ora sutil y prolija minuciosidad de miniaturista en sus tablitas, verdaderas obras de orfebrería; desde la seriedad del asunto religioso va á parar al cómico tema del cuadro de género, siempre esclavo de la factura elegante y haciendo gala de sus brillantes cualidades de colorista.

Serra tiene hoy treinta y un años. Nació en Barcelona el día 7 de enero de 1859. A los catorce años, después de una infancia de privaciones y trabajos, reveló su talento en la Escuela Provincial de Bellas Artes de esta ciudad. Todavía recuerda con fruición la carta que recibió del director de *La Ilustración Española*, remitiéndole una cantidad por unos apuntes que le envió sin que se los pidieran del aspecto del patio del Hospital de Santa Cruz, en el aciago día de la voladura del Exprés, invitándole á continuar dibujando para dicha publicación ilustrada. Era el primer dinero que ganaba como artista, porque había ganado ya mísero jornal como obrero, siendo niño, y aquello le supo á grande triunfo.

Diez y nueve años tenía cuando Talarn, el primer protector de Fortuny, adivinando en Serra un gran artista, consiguió por medio de una suscripción que encabezó facilitar al artista una humilde pensión que le permitiera perfeccionar sus estudios en Roma, realizando el ansiado sueño del joven pintor. Entre aquellos primeros protectores de Serra figuraban los hermanos Masriera, los Torruellas, el marqués de Castellbell...

Llegó nuestro artista á Roma en el preciso momento en que Fortuny, en el cenit de su gloria, impulsaba la corriente artística. No pudo sustraerse Serra al imperio de aquel artista genial y fué en sus principios fortuniano hasta la medula de los huesos. De aquella época datan su *Odalisca muerta*, el *Botín de Guerra*, *La danza de la Almea*, saturados del orientalismo entonces en boga, exuberantes de fantasía y marcados ya con el sello de propia personalidad. Estos cuadros dieron gran reputación á Serra y le valieron ser llamado el heredero de Fortuny.

Su *Arbol sagrado* inicia la época romana de su arte y es el punto de partida de una serie inimitable de pinturas, inspiradas en aquella campiña romana, anegada por el agua de los acueductos que destrozaron los bárbaros y que fluyó como la sangre de abiertas arterias, reflejando en todos estos lienzos la tristeza contemplativa del artista enamorado de aquel mundo deshecho en ruinas.

En su *Virgen de Montserrat*, en su *Virgen de los náufragos*, en sus *Hijas de María*, en la *Madonna de Ripoll* y en su *Jesús y los niños* se manifiesta el pintor cristiano, apartado del sombrío estilo de la escuela española, alejado del ascetismo, tendiendo á ese risueño cristianismo del siglo XVI, amigo de la luz, devoto de las formas armónicas y reposadas del arte clásico.

El *Artículo de fondo*, *El intermezzo*, *E pur si muove*, *Vendedoras romanas*, son otros tantos cuadros de géneros, muestra de su inventiva, en los cuales se aproxima á la realidad y se ciñe bastante al natural, sin que peque nunca de vulgar ni de trivial en sus asuntos. Su último cuadro *La Venus del Tíber*, adquirido por Guillermo II, es su obra maestra en esta especialidad, pudiendo asegurar que se acerca tanto á la verdad que satisfará de fijo á los más exigentes partidarios del realismo.

Pocos estudios hay en Roma tan visitados como el de Enrique Serra. Es la academia de los pintores jóvenes y que van por vez primera á Roma, á quienes presta el maestro las luces de su experiencia y buen gusto. El domingo por la mañana, en su hermoso taller, se dan cita buen número de artistas y literatos, con la seguridad de admirar siempre algo nuevo y de oir buenas cosas sobre arte y literatura en la conversación que se arma entre aquellas *pobres gentes* que todavía se preocupan con estas tonterías.

Serra tiene ya imitadores y aun la *fortuna* de que haya quien falsifique sus lienzos. Esta es la mejor prueba de su potencia y originalidad. Sólo los astros de cierta magnitud pueden permitirse el lujo de tener satélites.

Su fama ha traspasado las fronteras de la patria, y en todos los grandes mercados de arte se solicitan sus obras, á pesar de su alejamiento de la realidad próxima y presente.

Hebert Spencer le da la razón en este punto. «Lo útil, dice, se convierte en bello cuando ha dejado de ser útil; lo que un tiempo fué práctico se trueca en decorativo. A medida que la sociedad se organiza y dejamos atrás las costumbres, las maneras, los productos físicos y morales de una época que desaparece; á medida que el alejamiento aumenta entre las cosas de otros tiempos y las cosas análogas que nos son familiares, aquéllas adquieren mayor carácter poético.» En consecuencia: las cosas y los sucesos demasiado próximos y que nos despiertan ideas poco diversas de nuestras ideas ordinarias no son de utilidad alguna para el artista.

Federico Rahola

LA EXPOSICION
DEL
CIRCULO DE BELLAS ARTES DE MADRID

II

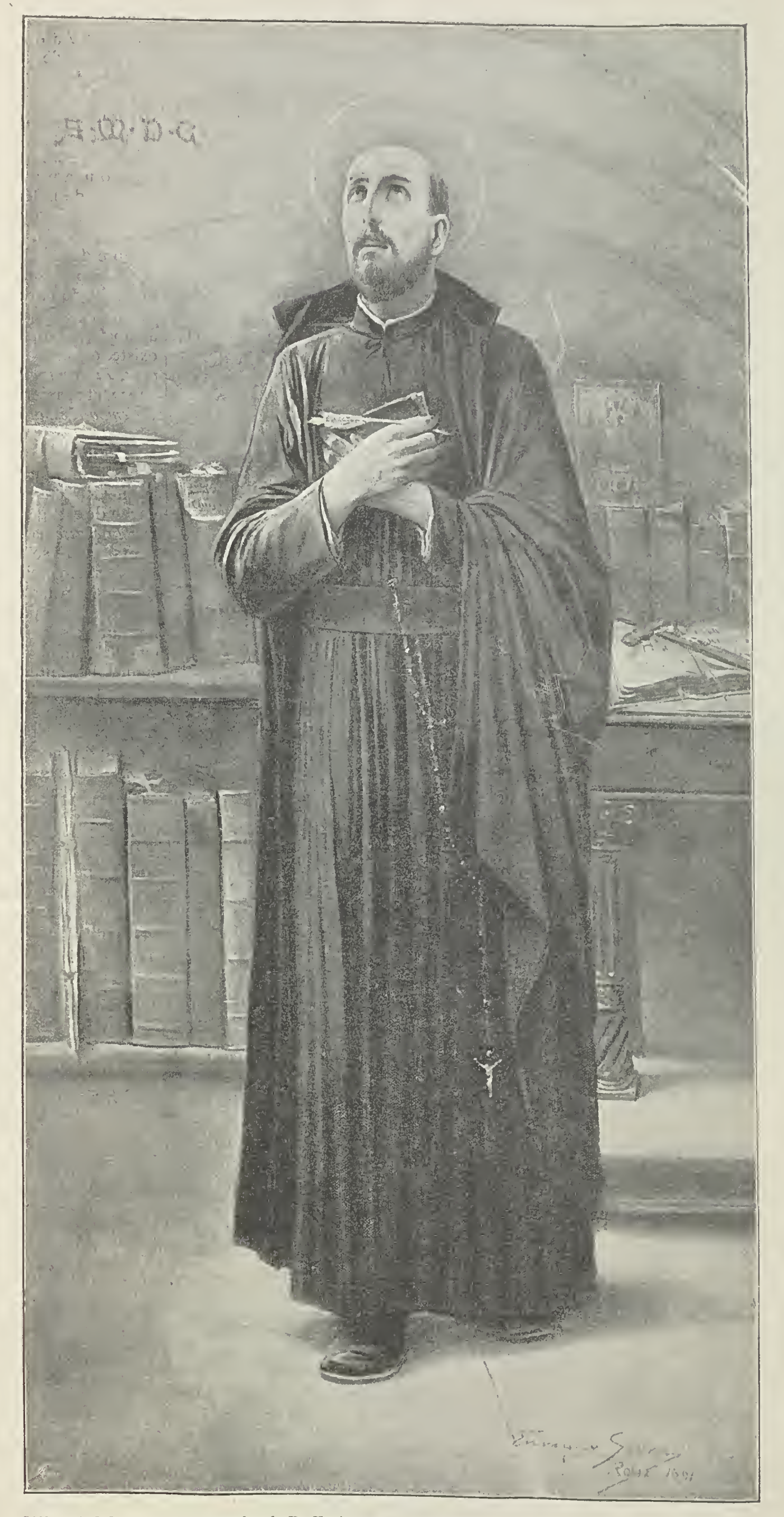
Habíamos quedado en que la Exposición del Círculo, excepción hecha de los lienzos de Cortina y Casimiro Sainz – verdaderas obras maestras que honrarían cualquiera Exposición Universal, – nada de nuevo ofrecía al estudio lo allí exhibido, á pesar de las firmas de Jiménez Aranda, Sala, Domínguez, Domingo, Rico, etc.; y que examinadas las obras plásticamente, eran tan insignificantes unas y otras tan defectuosas, como defectuosas é insignificantes de concepto.

Discúlpanse los organizadores del certamen con lo de que no se ha querido hacer una Exposición de pretensiones: y yo replico que para ese viaje (viaje deplorable), no se necesitaban las alforjas del Jurado de admisión. Y además, replico y afirmo por centésima vez, que con ó sin pretensiones, nuestros certámenes de Bellas Artes serán por algunos años ecos, reflejos no más en el fondo y en la forma, de las extravagancias, equivocaciones, vacilaciones y congojas de la escuela parisiense; mejor dicho, de la creada por talentos llenos de *sprit* y por marchantes de suficiente ingenio para dictar modas al gusto y al arte.

¿Qué concepto, qué idea, qué motivo de mediana importancia llevaron al lienzo los pintores que en esta Exposición figuran, alguno con cinco y seis cuadros? Por allí se ve una *pescadora* con el capacho á cuestas; más allá, varios *petimetres* de principios del siglo, fumando; por el otro lado, un *soldadito flamenco*, borracho; junto á cierta figurilla de *labriega*, en *pose*, algunos patos bañándose en una acequia; más lejos, una joven contemplando el paisaje que se desarrolla ante sus ojos. Todo es lánguido, todo acusa desfallecimiento del ingenio, ausencia de imaginación, de estudio, de observación psicológica. El medio social, sea cual fuere, lo desconocen nuestros artistas; y sin estudiar, sin comprender el valor de ese ambiente que *hace* al individuo, es imposible representar gráficamente ninguno de los aspectos de la vida humana.

Nada nuevo, mejor dicho, nada que sea original, propio, que acuse una personalidad, hay en el Palacio del Retiro. Aranda es un concienzudo dibujante, un anatómico, pero un colorista falso, y sobre todo, un sectario de escuela agonizante – la servilista. – Domingo exhibe una testa microscópica y amanerada de color y de factura; Sala mandó una media figura de mujer, una elegante de principios del siglo, si buena de color y delicada de traza, en cambio vulgar y vista hasta la saciedad. ¿Qué pintor no habrá pintado una de esas *incroyables*? Nada nuevo, repito, puede admirarse; por el contrario, creo que nos estamos afeminando; creo que lo que se observa son dos tendencias acentuadamente transpirenaicas; la frivolidad en el asunto, tomando por modelo *cocottes* ó labriegos *pour rire*, y la deformidad y convencionalismo en el color y en la línea.

No hablemos del paisaje ni de las marinas. Sainz y Juste fueron los maestros; los cuadros que quedan son liliputienses é imitadores de todo menos de la verdad. Y cuenta que pintores de mérito, entre los que figura el autor de la *Batalla de Otumba*, se dedican hace tiempo al estudio del paisaje. Pero de sus cuadros puede decirse que están inspirados por los bucólicos del siglo pasado. No se ve en ellos – en los cuadros – la más ligera tendencia á impresionar con la ruda sencillez de la naturaleza, tal y como se presenta á nuestra alma – no á nuestros ojos solamente. – La severidad de la montañosa región del Guadarrama, lugar adonde suelen ir de cuando en cuando nuestros paisajistas de aquí en busca de *motivos* para arreglarlos y guisarlos después dentro de las cuatro paredes del taller, es demasiado austera, demasiado grande para que puedan sentirla é interpretarla fielmente. Por otro lado, acostumbrados público y artistas á *idilios forestales*, un paisaje abrupto, salvaje, un lugar donde no se vea la mano destructora del hombre, empeñada en hacer á su imagen y semejanza árboles enanos y regimientos uniformes de arbustos geométricamente alineados y recortados y anémicos, no les satisface. Es menester que haya rosales entre cañas y álamos blancos, recién pintaditos por la mano de una naturaleza coquetona, *sui géneris*, y cipreses y pinos muy iguales, muy compuestos, y casitas blancas al lado de arroyos cuyas orillas están bordadas de flores...



SAN IGNACIO DE LOYOLA, cuadro de D. Enrique Serra (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona)

La marina... He dicho en otra ocasión que tenemos buenos marinos; hoy sigo pensando y diciendo lo mismo.

Sigo pensando y diciendo lo mismo, porque este género de pintura se ha tomado á beneficio de inventario entre nosotros, quedando relegado á los aficionados y á los pintores que, sin condiciones para producir una obra de arte, para interpretar un motivo cualquiera de la vida social, de la historia, escogieron este oficio como pudieron haber escogido cualquiera otro, aprendiendo únicamente el mecanismo, la parte del oficio al alcance de sus talentos y disposiciones artísticas.

Cuatro buenos paisajistas cuenta al presente la escuela española, repartidos en Italia, Francia y España, además de Casimiro, y tres marinistas, incluyendo el pobre Juste. Y sin embargo de no contar más que con siete ú ocho pintores del género, la abundancia de paisajes y marinas es tal, que pasma. Así como el número de poetas buenos era más escaso que nunca hace un siglo, y á pesar de eso, los pentacrósticos y las anacreónticas invadían hasta los hogares más prosaicos, para flechar algún corazón ó felicitar al severo papá en el día de su santo, siendo este género de poesía el refugio de todos los rimadores chirles, así también hoy que tan escasos andamos de verdaderos intérpretes de la naturaleza en sus manifestaciones más grandiosas, el paisaje y la marina, al igual de los pentacrósticos citados, son el refugio de todos los que quieren figurar de vez en cuando en letras de molde, siquiera sea en los catálogos de Exposiciones, como esta de que me ocupo; pues de no *empuñar* los pinceles, pasarían por este valle de lágrimas sin que de sus personas se enterase nadie.

Decía mi querido amigo Picón en reciente artículo, que no debería rechazarse ninguna pintura ó escultura por mala que fuese; estoy de acuerdo, pero creo que deberían pagar un tanto alzado por cada cuadro los paisistas y marinistas españoles.

Benlliure remitió desde Roma el busto en bronce, gran tamaño, del inolvidable maestro Plasencia. Esculpido para ser colocado al aire libre, sobre el sepulcro del autor de *El mentidero*, el trazo y la ejecución revelan la mano de un artista de primer orden. Por cierto que este busto, gratuitamente modelado por Benlliure, trae á mi memoria un diálogo sostenido por el pintor y el estatuario poco tiempo antes de que mi ilustre maestro abandonase este mundo.

– Oye, galán, dijo una tarde Plasencia, quiero que me hagas el busto en bronce para colocarlo en mi taller.

– Con una condición, contestó el autor de *don Diego López de Haro*, que tú hagas otro estudio al óleo de mi cabeza, para colocarlo también en mi taller en Roma.

– Aceptado.



ESTUDIO DE MUJER SENTADA, dibujo al lápiz de D. Enrique Serra

–Cuando regrese de Roma, que será dentro de un par de meses, pondré manos á la obra, dijo Mariano.

En efecto. Benlliure cumplió su palabra; pero si se descuida unos días, ni la mascarilla del eximio pintor puede modelar.

Llegó á tiempo de verlo rodeado de flores y metido en su ataúd de hierro.

Gandarias exhibe, además de un busto en mármol, cuatro estatuitas representando los cuatro elementos. Realmente el notable escultor no está á la altura de su talento. Fáltale originalidad, y aun cuando están bien modeladas, no brillan por condición saliente alguna.

Alcoverro se presenta bajo un aspecto nuevo, y justo es confesar que en esta fase de sus condiciones de artista se revela como escultor de *sprit*. Además del grupo en bronce, reproducción del que estuvo expuesto en esa Exposición, titulado *Dúo*, presentó un barro cocido admirable de hechura y lleno de gracia. Representa un artista que apura una colilla y viste pobremente. Va con la caja de los colores *Camino del Pardo*.

Un discípulo de Suñol exhibe un hermoso busto, y el Sr. Galán, que asiste por vez primera á un certamen público, muéstrase buen dibujante y conocedor del manejo del palillo, prometiendo llegar, de seguir por el buen camino que ha emprendido, adonde llegaron los buenos estatuarios.

Esto es lo más saliente de lo expuesto en la sección de escultura.

R. Balsa de la Vega

LA SEXUALIDAD EN EL LENGUAJE

(Conclusión)

No existe, como se ve, esa pretendida relación entre el género de los nombres y los caracteres de fuerza ó de gracia del significado de las palabras. Si aun reducida nuestra investigación al estrecho campo de una sola lengua, la francesa, por ser en ella donde principalmente intentaba Bescherelle apoyar su teoría, encontramos desmentidas á cada paso por los hechos sus seductoras elucubraciones, ¿qué sucedería si extendiéramos nuestras investigaciones á las demás lenguas? Tropezaríamos con que *el sol*, por ejemplo, masculino en las lenguas novo-latinas, es femenino en las germánicas *(die Sonne)*, mientras que *la luna*, femenino en aquéllas, es masculino en éstas *(der Mond)*; nos encontraríamos con que en castellano *el ratón* es masculino y *la rata* femenino, mientras en francés sucede lo contrario, siendo femenino *la souris*, el ratón, y masculino *le rat*, la rata; veríamos que el agua, *aqua*, femenino en latín, en castellano y en francés, *l'eau*, es neutro en alemán, *das Wasser*, y en griego, το ὓδορ, mientras que el tiempo, *le temps*, es masculino en castellano y en francés, femenino en alemán, *die Zeit*, y neutro en latín, *tempus*; como *caput*, la cabeza, neutro en latín, es femenino en griego, κεφαλη, y masculino en alemán, *der Kopf*. ¿Qué deducir de este cúmulo de hechos? Que no existe relación alguna necesaria y general entre el significado y el género de las palabras.

¿Sostendremos entonces que la atribución del género á nombres de cosas sin sexo es meramente arbitraria? ¿Renunciaremos á averiguar cuál es la causa de esa atribución? Nada de eso. La atribución del género á nombres de cosas sin sexo obedece á una ley, pero esa ley es de todo punto independiente del significado de tales nombres y se refiere tan sólo á su estructura material; es la ley de *la analogía fonética de las terminaciones*. Para mejor hacer comprender esta ley, la haremos sensible ante todo refiriéndonos á lo que ocurre en castellano. Cuando en castellano queremos expresar la femineidad transformando una palabra de masculina en femenina, nos valemos de la terminación *a*, y así hacemos de *perro perr*A, de *gato gat*A, de *Luis Luis*A, de *Ricardo Ricard*A, de *maestro maestr*A, de *pintor pintor*A; la costumbre de ver en esta *a* la característica del femenino en los nombres de seres susceptibles de sexo, hace que cuando la encontramos también en palabras expresivas de cosas sin sexo las atribuyamos, por la analogía puramente fonética que entre unas y otras existe, el género femenino: así hacemos femenina *la casa*, *la cocina*, *la vajilla*, *la vela*, *la estopa*, *la esperanza*, etc., mientras hacemos masculinas las palabras *el tiempo*, *el espacio*, *el miedo*, *el sombrero*, *el vestido*, etcétera., etc., porque la *o* es la terminación más usual de los nombres de seres masculinos. Lo mismo pasa en francés, sólo que en lugar de la *a* es la *e* muda final la que caracteriza el femenino, por cuya razón se hacen de este género *la table*, la mesa; *la plume*, la pluma; *la chaise*, la silla; *la tête*, la cabeza, etc., etcétera. De tal modo se hace sentir esta ley en la analogía fonética desinencial que, á pesar del extraordinario influjo que en las lenguas ejerce la derivación, imponiendo á las palabras de las lenguas derivadas el género que tienen en la lengua madre, hay ocasiones en que la analogía fonética se sobrepone á todo, vaciando las antiguas palabras en el nuevo molde y haciéndolas salir del mismo con el sexo metamorfoseado: así, por ejemplo, la palabra *folium* al pasar del latín al castellano y al francés, no en su forma singular sino en plural *folia*, se transformó en castellano en *hoja* (foja) y en francés en *feuille*, adoptando en ambas lenguas el género femenino, en virtud de la analogía fonética, en lugar del neutro que tenía en latín: así salió de un plural neutro latino un singular femenino en francés y en castellano, como en italiano y en portugués.

Claro es que esta ley, como todas las demás leyes, mucho más en materia de lenguaje, es no pocas veces infringida; pero la generalidad de estas infrac-

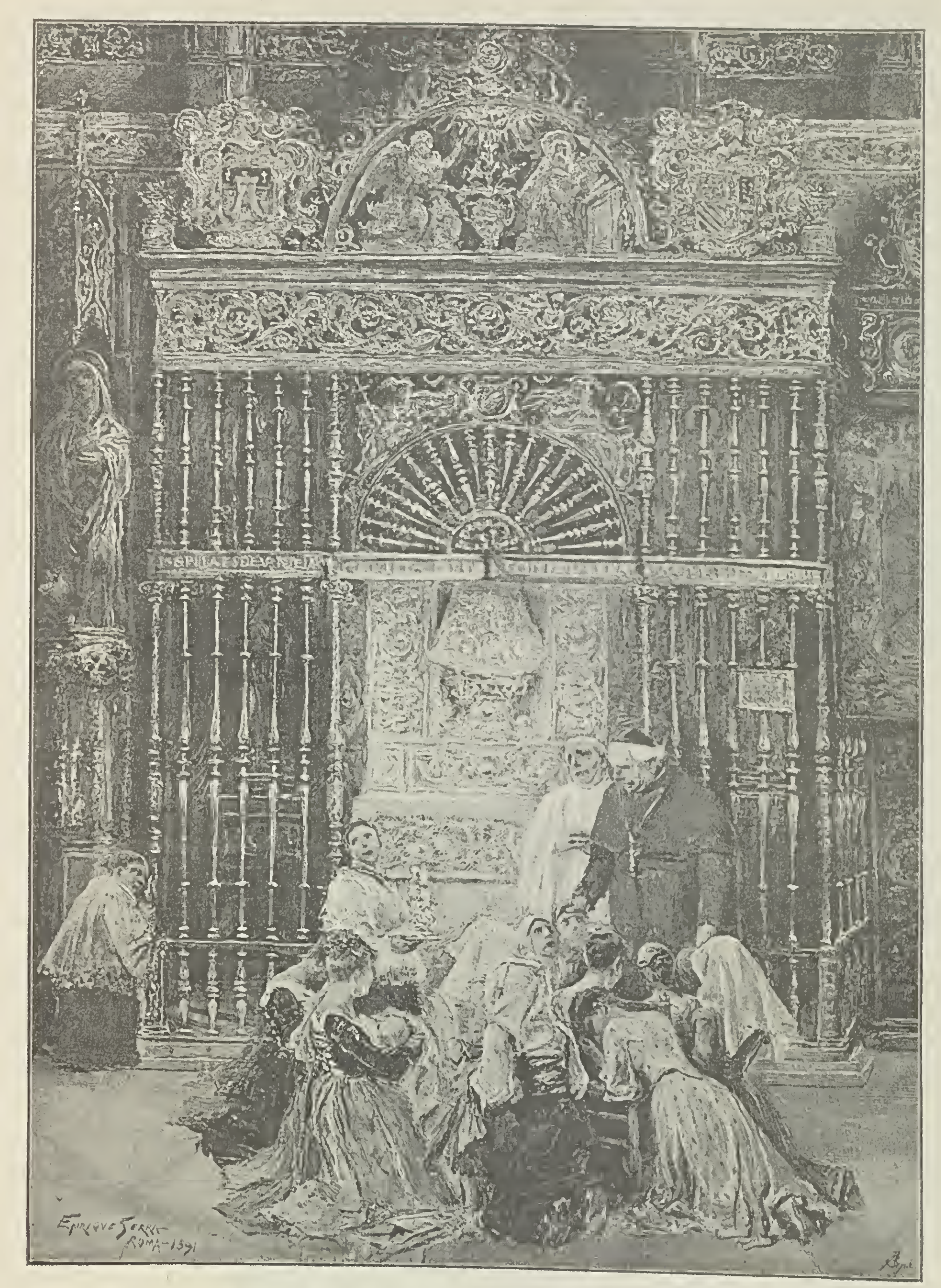


ESTUDIO DE MUJER DE PALESTINA, dibujo al lápiz de D. Enrique Serra

ciones tiene fácil explicación, ya en la derivación, ya en la paralización de la vida de las palabras en determinados momentos de su desarrollo, ya en la influencia de la lengua erudita, ya en otras muchas causas que sería prolijo enumerar. Así, por ejemplo, la influencia de la derivación explica que las palabras francesas *collège*, *miracle* sean masculinas, á pesar de terminar en *e* muda, por derivarse de las latinas neutras *collegium*, *miraculum;* así el influjo de los eruditos del Renacimiento explica el género masculino de las voces *labeur*, *honneur*, en contra del movimiento de la lengua popular que tendía á hacer femeninas todas las palabras terminadas en *eur* como *la douleur*, *la peur*, *la terreur;* así las exigencias etimológicas explican que la palabra francesa *bonheur*, dicha, se aparte del género femenino de esas mismas voces en *eur* por venir del latín *bonum augurium;* así las leyes que rigen la composición de los sustantivos en alemán, dotando á las voces compuestas del género que tiene el último de sus términos componentes, explica que la palabra *der Hausherr*, el amo (de casa), sea masculina; *die Hausfrau*, el ama (de casa), femenina, y *das Rathaus*, la casa de Ayuntamiento, neutra; así, en fin, otras diferentes causas explican en cada lengua el porqué de cada caso excepcional que ocurre. Lejos de invalidar todas estas infracciones la ley general, vienen á confirmarla; siendo evidente que la analogía fonética desinencial es el único principio capaz de explicar la atribución de género á voces expresivas de seres sin sexo.

Dada la necesidad de expresar el género de los nombres, ¿qué medios ha discurrido el ingenio humano para satisfacer esa necesidad? ¿Cuáles son los procedimientos empleados por las lenguas para hacer sensible por medio de la palabra las diversas impresiones recibidas por el espíritu de los seres de distinto sexo? He aquí otra nueva fase del estudio de la sexualidad en el lenguaje tan interesante como curiosa. El campo es vasto y el terreno casi virgen, lo mismo que el que acabamos de recorrer. No hay gramático, lingüístico ni filólogo que no haya tenido, poco ó mucho, que tocar estas cuestiones; pero nadie que sepamos hasta ahora ha acometido el estudio de conjunto de la teoría general, cabiéndonos la satisfacción de ser los primeros en presentar la importante doctrina objeto de estas páginas en toda su integridad, recogiendo á la par las enseñanzas de la filosofía del lenguaje, los hechos descubiertos por los lingüistas y las leyes formuladas por los filólogos, de cuya triple confrontación ha de brotar, como ha brotado en lo que precede, la clarísima luz que ha de guiar nos en nuestra exposición.

El procedimiento más natural y el que seguramente empleó el hombre para marcar en el lenguaje la distinción sexual de los seres fué el de servirse de una serie de palabras para designar los machos y de otra enteramente distinta para designar las hembras; este procedimiento es el que usamos en castellano para distinguir el *hombre* de la *mujer*, el *toro* de la *vaca*, el *caballo* de la *yegua*, como en francés se distingue *l' homme* de la *femme*, le *taureau* de la *vache*, le *cheval* de la *jument*, etc., etc. El gramático Estarac ha hecho la observación, tan atinada como exacta, de que frecuentemente los machos, las hembras y hasta las crías de los animales que más utilidad y placer proporcionan al hombre llevan nombres distintos: *el gallo*, *la gallina*, *los pollos; el toro*, *la vaca*, *la ternera; el caballo*, *la yegua*, *el potro*, etc. Nada más natural que este fenómeno. Así como al tratarse de nuestros semejantes, no estamos conformes si no les designamos individualmente con su nombre propio, *Luis Pérez*, *Jacinto Sánchez*, *José Rodríguez*, obligándonos las necesidades de la vida y del trato social á marcar á cada individuo con su nombre y á inventar con tal motivo los nombres propios, apellidos y apodos, para determinar perfectamente las personas á que nos referimos, así también cuando queremos hablar de animales domésticos, nos vemos en la precisión, por la frecuencia con que tenemos que designarlos, de distinguirlos con nombres diferentes; por eso, además de la palabra *perro*, que designa á toda una especie de esos animales, usamos las voces *faldero*, *galgo*, *mastín*, *poden-*



EN LA IGLESIA, cuadro de D. Enrique Serra adquirido por S. A. R. la princesa Mecklenburgo
Reproducción del mismo tamaño que el original



LA VÍA APIA, cuadro de D. Enrique Serra

co, *terranova*, etc., y aun siendo insuficientes estas palabras, expresivas de ciertas variedades de la especie, llamamos á los perros de nuestras casas ó á los de nuestros amigos con los nombres propios, *Sultán*, *León*, *Baliente*, etc.; otro tanto sucede con la especie



CABEZA DE NIÑO, estudio; dibujo al lápiz de D. Enrique Serra

caballar, cuyas variedades reciben, según los casos, los nombres de *caballo*, *yegua*, *potro*, *jaca*, *corcel*, *jamelgo*, *hacanea*, etc., llevando además cada individuo un nombre propio dado por sus dueños, como puede verse en las listas de las carreras de caballos; por la misma necesidad de precisión en el lenguaje, exigida por las circunstancias en que se halla, no se conforma el labrador para designar á los animales de la especie bobina que posee con los nombres de *buey*, *toro*, *vaca*, *cabestro*, *ternera*, sino que llama á cada uno de ellos un nombre propio, ya tomado del color de la piel, ya de cualquiera otra circunstancia, ya de puro capricho, como el *Negro*, el *Manchado*, el *Rabón*, el *Pintorro*, el *Boyante*, etc. ¿Qué labradora no distingue perfectamente con sus nombres los perros que guardan sus rebaños, las reses que labran sus heredades, las gallinas que las surten de huevos y los asnos que llevan al mercado el excedente de sus frutos? A esta necesidad de distinguir con la mayor precisión los seres de la misma especie debe su origen el procedimiento empleado para la determinación del género consistente en usar palabras distintas para designar cada ser de sexo diferente, y á la misma necesidad es debida la invención de los nombres propios con su séquito de apellidos y el empleo de palabras distintas para designar al mismo individuo según las relaciones de parentesco en que se encuentre; así, para no citar más que esta última serie de vocablos, tenemos que el mismo individuo, según los casos, es designado con los nombres de *padre*, *hijo*, *hermano*, *tío*, *sobrino*, *abuelo*, *nieto* y *primo* en castellano, como lo es en francés con los de *père*, *fils*, *frère*, *oncle*, *neveu*, *cousin*, y en latín con los de *pater*, *filius*, *frater*, *avunculus*, *nepos*, y en alemán, con los de *Vater*, *Sohn*, *Bruder*, *Oheim*, etc., etc., y si de la serie masculina pasamos á la femenina, tendremos en castellano las voces *madre*, *hija*, *hermana*, *tía*, *sobrina*, *abuela*, *nieta*, como en francés *mère*, *fille*, *sœreur*, *tante*, como en latín *mater*, *filia*, *soror*, y como en alemán *Mutter*, *Tocher*, *Schwester*. Véase al mismo individuo recibiendo por sus relaciones de parentesco los nombres más diferentes, como recibe por su profesión otros distintos, apareciendo así en la vida social bajo mil diversas formas según el punto de vista en que se le considere.

No es este procedimiento, sin embargo, el único empleado por el hombre para expresar la diferencia sesual de los seres. Utilísimo y de general aplicación en todas las lenguas cuando se trata del hombre ó de ciertos animales domésticos que constantemente se están nombrando en la vida ordinaria, es de menos aplicación para designar aquellos otros seres que, ya por su alejamiento de nosotros, ya por la escasa utilidad que para la satisfacción de nuestros gustos ó necesidades tienen, ya por sus rarezas, nos son poco conocidos, no habiendo gran interés en determinar su género; el vocabulario de seres animados, rico en expresiones cuando se trata de aquellas especies, aparece pobre en demasía al tratarse de éstas, y generalmente no poseen las lenguas, en este último caso, más que una sola palabra para designar al macho y á la hembra lo mismo que á sus crías con todas sus variedades de tamaño, color y formas. Esto ocurre hasta en los idiomas más ricos, siendo más frecuente en los idiomas pobres. Así en castellano tenemos *el águila*, *el buitre*, *la perdiz*, *el tigre*, como en francés tienen *la colombe*, la paloma, *le serpent*, la serpiente, *la taupe*, el topo, *le merle*, el mirlo. A veces también esta designación común para ambos sexos obedece á razones eufónicas y en ocasiones á la dificultad de distinguir el sexo de los animales, como sucede por ejemplo en *la perdiz*. ¿Qué hacer en todos estos casos cuando por cualquier circunstancia queremos determinar el género del animal de que hablamos? ¿Qué procedimiento emplear, á qué medio acudir si no tenemos más que una sola palabra para indicar ambos sexos? Nada más sencillo ni rudimentario: se toma la palabra significativa del sexo, se une al nombre del ser y está resuelto el problema. Así en castellano mediante las voces *macho*, *hembra*, unidas á los nombres indicados, formamos las expresiones *perdiz macho*, *perdiz hembra*, como en francés con los términos *mâle*, *femelle*, se obtiene en casos análogos el mismo resultado, diciendo *perdrix mâle*, *perdrix femelle*. Este procedimiento, que en nuestras lenguas de Occidente constituye la excepción, siendo bastante reducidos los casos en que tenemos que acudir á él, viene á ser la regla general en las lenguas monosilábicas, como el chino, annamita, siamés, tibetano y birmán, así como en la mayor parte de las aglutinativas, tales como el wolof, hausa, taitiano, vitiano, soninké, etc. Así el chino, por ejemplo, de la palabra *tse*, que significa *hijo* en sentido general, en



MATER DOLOROSA, cuadro de D. Enrique Serra

francés *enfant*, forma las voces *nan-tsé*, hijo, *fils*, y *niú-tsé*, hija, *fille*; así el soninké para designar al buey dice *na* y para designar la vaca *naiakare*; así el malinké y el baubara para nombrar esos mismos animales dicen *misi*, buey, y *misi-muso*, vaca. Como se ve por los ejemplos citados, este procedimiento rudimentario reviste tres formas: 1.ª Empleo de las voces significativas del sexo después del sustantivo, como en castellano: *perdiz macho*, *perdiz hembra*. 2.ª Empleo de esas mismas voces antes del sustantivo, como en chino: *nan-tsé*, *niú-tsé*. 3.ª Empleo del sustantivo sin aditamento alguno para significar el masculino y agregación de la palabra equivalente á *hembra* para el femenino, como en malinké: *misi*, *misi-muso*. Desde que los estudios botánicos de los *Vaillant*, *Kœltenter*, *Jussieu* y tantos otros han hecho evidente la existencia de sexos en las plantas, el procedimiento empleado para marcar las diferencias sexuales de las mismas es el que acabamos de estudiar; siendo harto frecuente tropezar, en obras técnicas, con expresiones como *la palmera macho*, *la palmera hembra*, *el pino macho*, *el pino hembra*, *flores machos flores hembras*.

Esta repetición de las palabras *macho*, *hembra* era demasiado monótona, produciendo su uso harto desagradable martilleo, para que el hombre no procurase evitarlo echando mano de otros recursos en determinados casos. Las lenguas que tienen, como la castellana, por ejemplo, una especie de palabras llamadas artículos, cuya misión consiste en determinar la significación de los sustantivos, tomando al efecto la librea sexual de los mismos revistiendo formas distintas según el género de los nombres á que se agregan, podían apelar á este medio para señalar el género de estos nombres. Si en castellano tenemos, por ejemplo, la palabra *testigo*, que por los caprichos del uso no tiene variación genérica, y llega el caso de necesitarse precisar el sexo, ¿no obtendremos el mismo resultado diciendo *el testigo*, *la testigo*, que diciendo *testigo macho*, *testigo hembra*? He aquí, pues, un tercer procedimiento, consistente, como se ve, en determinar el género de los nombres mediante el artículo. Las lenguas que posponen el artículo al nombre, como sucede con el rumano, que para decir hombre dice *omu-l*, y con el dialecto franco-criollo de la isla de la Trinidad, que para decir el caballo dice *chouval-la*, se valen para determinar el género en ciertas ocasiones de la posposición del sustantivo al artículo; las que como el sanscrito, el zend, el alemán, el francés y el castellano colocan el artículo antes del sustantivo, determinan el género, en algunos casos, mediante la anteposición del artículo al nombre: *el mártir*, *la mártir*, *der Dentsche*, *die Dentsche*. Este procedimiento es el más limitado de todos, estando en general reducido á ciertos adjetivos sustantivados que carecen por diversas causas de expresión genérica propia.

Entre el empleo de palabras diferentes para cada ser de diferente sexo y el empleo del mismo vocablo para ambos sexos, cabe un término medio: introducir en el nombre típico una pequeña modificación que sin alterar radicalmente su estructura indique la variación del sexo. Este cuarto y último procedimiento es el más ventajoso de todos y el más comúnmente empleado en la casi totalidad de las lenguas conocidas. Marca perfectamente la distinción sexual por sí mismo de un modo directo, aventajando en eso á los procedimientos que necesitan acudir, ora al empleo de palabras significativas del sexo que hacen monótono el discurso y embarazosa la expresión del pensamiento, ora al uso de los artículos, medio supletorio y extraño al sustantivo mismo; no exige por otra parte la invención de nuevos términos, y aventaja por este concepto al procedimiento que requiere toda una serie de palabras para designar los seres machos, *hombre*, *caballo*, *toro* y toda otra serie enteramente distinta para designar los seres hembras, *mujer*, *yegua*, *vaca*. Diferenciación sexual hecha directamente sin alteración radical de la palabra; tal es el resultado de este delicado procedimiento de tan sencillo mecanismo como el que más. La modificación que en la estructura del sustantivo introduce este procedimiento no se hace sin embargo del mismo modo en todos los idiomas; unas lenguas se valen al efecto de prefijos y otras de sufijos, unas modifican el principio y otras el fin de las palabras. Entre las que emplean prefijos se encuentran las aglutinantes del sistema bantú y el japonés; así, por ejemplo, en esta última lengua *el gato*, como voz indeterminaba sin acepción de género, se llama *neko*; cuando se quiere designar el gato macho se dice O*neko*, y cuando se desea hablar de la gata se dice ME*neko*. Entre las que emplean sufijos se hallan las lenguas indo-europeas, y en general todas las lenguas de inflexión; así decimos en castellano *perro*, *perra*, *gato*, *gata*; como se dice en francés *lapin*, *lapine*, conejo, coneja, y en alemán *Hirt*, *Hirtin*, pastor, pastora. Estas desinencias son, como se ve, variadísimas, teniendo las de cada lengua especial explicación y origen. Así en castellano la terminación típica del femenino es una *a*, que procede en general



CABEZA DE NIÑA, estudio; dibujo al lápiz de D. Enrique Serra

del latín; multitud de nombres femeninos acababan en efecto, en latín en *a*, *musa*, *porta*, *fábula*, *mensa*, *finistra*, siendo además la *a* característica del femenino en los adjetivos de tres terminaciones genéricas, *bonus*, *bona*, *bonum*, *niger*, *nigra*, *nigrum*, y de aquí que al pasar todas estas palabras al castellano, dominando la terminación *a* en el artículo femenino *la* (del *illa* latino); en los demostrativos, *esta* (*ista*, *eccista*), aquella (*eccilla*); en la generalidad de los adjetivos, *buena*, *mala*, *blanca*, *negra*, y en gran número de sustantivos, *puerta*, *tabla*, *mesa*, resultó que esta terminación quedó asignada para caracterizar el femenino, como la *o* sirvió para marcar el masculino en virtud de la evolución fonética de los acusativos latinos en *um*, cuya *m* final desapareció en el castellana y cuya *u* se convirtió en *o*: *librum*, libro; *bonum*, bueno.

A estos cuatro procedimientos que acabamos de enumerar, empleo de palabras distintas, oposición á los sustantivos de las palabras expresivas del sexo, uso del artículo y modificación de la estructura del nombre con sus correspondientes variantes, vienen á quedar reducidos todos los medios hasta ahora conocidos, empleados por el hombre para expresar en su lenguaje la diferencia de los sexos en la naturaleza; con su estudio damos por terminado nuestro trabajo, no siendo nuestro objeto seguir en cada lengua el desarrollo de tales procedimientos ni menos descender al pormenor de las particularidades que cada idioma ofrece en este respecto, lo cual sería impertinente en este trabajo por corresponder á la Gramática particular de cada lengua.

FERNANDO ARAUJO

EX-VOTO

Dibujo de D Enrique Serra

EL LLANTO DE PERLAS

I

Estaba Currito una tarde sentado en un peñón de una cañada de la falda de Sierra Morena, hacia el lado de la Mancha. Se había sentado allí á la sombra de otro peñón muy grande, situado en una eminencia, porque aunque ya el sol tenía menos fuerza, como el laborioso muchacho había empezado temprano su tarea cortando en el plantío vecino la madera necesaria para su oficio; hallábase sudoroso y acalorado.

Pero probablemente no sabrán ustedes quién era Currito y voy á decirlo en las menos palabras posibles.

Habrán ustedes leído ú oído decir que el rey Carlos III, de feliz memoria, trató de colonizar las despobladas vertientes de Sierra Morena y sus alrededores; por eso hay allí las poblaciones de la Carolina y la Carlota. Para poblar aquellos lugares y además para vigorizar la sangre andaluza y manchega (un tanto flojas) por medio del cruzamiento de razas, el celoso monarca hizo venir numerosas familias de Alemania y el Tirol, halagándolas con el reparto de terrenos, donación de utensilios compestres y otras ventajas. Supuso el bueno del rey que aquellas razas del Norte, vigorosas y trabajadoras, transformarían aquel suelo inculto en comarcas productivas; pero ¡ca! no había contado con la influencia del clima y de las costumbres meridionales: á la segunda generación la sangre española habíase sobrepuesto á la extranjera, y los descendientes de los primeros colonizadores son tan españoles como todos los que tenemos el gusto de serlo. Sin embargo, todavía hay chispazos de transmisión de raza, y Currito era un ejemplar. Descendía de una familia tirolesa y por eso tenía los ojos azules como los acianos y el cabello rubio como la espiga madura. Fuera de esto, era completamete andaluz. De mediana estatura, esbelto, airoso de movimientos y apostura y muy decidor, hacíase querer de las pocas personas con quienes se trataba. Porque Currito era un tanto retraído y trabajador de suyo, y para ganarse la subsistencia aprovechaba una habilidad que le había transmitido su familia. Bien así como los campesinos de Tirol, tallaba en pedazos de madera figuritas, carricoches y otros juguetes que vendía en los pueblos ricos de la Mancha y en Linares y que enviaba á Córdoba y Sevilla. Aun casi me atreveré á asegurar que las tallas de Currito llegaban á algunos anaqueles de tiroleses de Madrid. Era huérfano y sin familia, vivía de huésped con una vieja que tenía una cantina cerca de la venta de Cárdenas, y se pasaba casi todo el día en el campo, cortando madera y dedicado á sus trabajos de talla.

Estaba, pues, Currito, como ya se ha dicho, sentado en la cañada á la sombra de un peñón, ocupado en su faena.

Tenía á su lado algunos pedazos de madera y uno en la mano, en el que trabajaba con un cuchillo, y dos serones gemelos, en los que metía sus utensilios de trabajo para volver á su casa, cargándolos al lomo de una jaquita gallega, que pastaba alrededor de aquel sitio en completa libertad. Currito, que era muy enamorado y algo poeta, suspendía á veces su obra para admirar la postura del sol, que iba sombreando la cañada, matizando aquellos agrestes lugares con efectos de luz sorprendentes. Tal vez pensaba á su modo en lo que pensó Espronceda al escribir los siguientes versos:

¡Una mujer!
Del sol poniente al lánguido desmayo
lejos entre las nubes se evapora.

Y en efecto, corría entonces el mes de mayo, y había nubes al Poniente teñidas de la púrpura de la tarde, y Currito vió, no á una mujer que se evaporaba, sino que venía por la senda cerca de la que estaba sentado. Chocóle mucho vista de lejos, porque su contorno no se parecía al de los campesinos habitantes de aquellos lugares, y conforme se iba aproximando aumentaba la sorpresa del muchacho.

Y tenía razón para sorprenderse.

II

Figúrense ustedes una mujer alta, esbelta, que tenía las exquisitas líneas de la estatua griega y el majestuoso aspecto de la estatua romana, con una cara de cielo, unos ojos de diamantes verdes y una mata de pelo que no había más que ver. Pero no fué esto lo que más admiró á Currito, pues al fin y al cabo mujeres admirablemente hermosas las hay en todas partes, aunque no muchas, sino el traje que vestía aquella rara beldad, y no por lo complicado, sino por lo extraño y pintoresco. Llevaba una clámide y un faldellín de joyante y amarilla seda, unas sandalias del mismo color, y pare usted de contar, si no se cuentan las innumerables y gruesas perlas que brillaban en su cabello negro y suelto, como lunas en un cielo obscuro, y como lunas desvanecidas por la claridad de un crepúsculo matinal sobre el vivo color de la clámide y del faldellín.

Currito al verla llegar, embobado, se puso en pie con inconsciente respeto, y aquella mujer (pues al menos por su forma lo era), no bien se aproximó al muchacho quedóse mirando atentamente, así como también á la obra, ya casi acabada, que aquél traía entre manos, que era la figura de una pastora que tenía entre sus brazos un recental.

– ¿Te ocupas en eso?, preguntó la desconocida á Currito.

– Sí, señora, contestó éste algo turbado.

– Pues mira, no te das mala maña; hay escultores que no harían tanto.

Y como viese pintada la admiración en los ojos de Currito, prosiguió diciendo:

– ¿Supongo que no me conoces?

– No... señora.

– ¿Has oído hablar de las hadas?

– ¿Las hadas? Ya lo creo, mi abuelo era natural de un país donde dicen que hay muchas.

– Pues yo soy la hada Melusina.

– Para servir á usted.

– He tenido curiosidad de ver estas regiones meridionales, que aunque son pintorescas y de buen sol, francamente, no valen lo que mis bosques y mis ríos de Germania.

– Lo mismo decía mi abuelo.

– Pero en fin, en todas partes hay desgraciados á quienes ayudar y malvados que confundir.

– Ya lo creo, aquí encontrará usted muchos de una y otra clase; muchos pobres y muchos ladrones.

Y mientras decía esto, Currito miró por casualidad los pies de la hada, y añadió:

– Tiene usted desatada una sandalia, ¿quiere usted que se la ate?

La hada alargó un pie y alzóse un poco el faldellín. ¡Vaya un pie y un tobillo que vió el muchacho al atarle la cinta (no correa) de la sandalia! De fijo supondrán ustedes que Currito íbase enamorando de Melusina; pues nada de eso, ningún mortal que no esté loco aspira á coger una estrella.

– Eres muy guapo y muy servicial y quiero recompensarte, dijo la hada. Es de creer que tendrás un deseo culminante: dímele y trataré de realizarle.

El muchacho titubeaba, pero alentado por la bondadosa mirada de Melusina prorrumpió con cierta vehemencia en las siguientes palabras:

– Pues bien, buena señora, abrigo un deseo constante, tenaz, único tal vez, que no me deja sosegar, y es el de querer y que me quiera una muchacha hermosa, buena y fiel. Estoy solo en el mundo y me abruma mi soledad, ¿no la parece á usted que tengo razón?

– Ya lo creo. Ese anhelo es propio de tu edad. Pero ¿cómo siendo guapo y trabajador no has encontrado lo que deseas?

– No es tan fácil.

– Veamos, repuso la hada.

Sacó del seno un espejito muy mono, le puso frente al corazón de Currito y clavó los ojos en él.

– ¡Hola, hola!, exclamó después de algunos minutos de observación, aquí veo un pecadillo tuyo.

El muchacho se puso encarnado hasta las orejas.

– Has engañado y abandonado á una joven...

– ¿A quién, á Nieves?, interrumpió Currito. Era



EL ANILLO DE DESPOSADA cuadro de D. Enrique Serra (Exposición genera de Bellas Artes de Barcelona)



LAGUNAS PONTINAS, cuadro de D. Enrique Serra

tan fría como su nombre, tan tonta como un topo y tan holgazana como un sapo. Yo quiero una mujer que sienta y que sepa expresarme lo que siente; que trabaje, no por codicia, sino como seguridad de que la labor ahuyenta los malos pensamientos.

– ¿Y te contentarás con eso?

– ¡Pues ya lo creo! Y seré muy feliz. Vuelvo á decir á usted que tengo ansia de cariño.

– ¿Nada más que de cariño?

– Nada más.

– Pues bien: vas á lograr tu deseo. Mientras te limites á éste serás dichoso; pero ten en cuenta que si no vences los malos deseos que puedan asaltarte, acabarás mal.

– ¡Oh! No tengo ningún cuidado. Con una mujercita y ganando como gano para comer, me basta y me sobra.

– Allá veremos. Oye lo que tienes que hacer.

– Soy todo oídos.

– Mañana temprano te vistes y te aseas bien, pues debes saber que el amor y la gala andan un mismo camino. Tomas esta senda por donde yo he venido, cuando la acabes verás un molino en un cerro...

– Ya le he visto, pero nunca he estado en él.

– Pues vas al molino, preguntas por Mari-Paz y le dices que te envío yo.

– Mari-Paz, Mari-Paz, no se me olvidará. Bueno, ¿y qué?

– Que ya verás.

III

Desde que Currito se había casado con Mari-Paz era el hombre más feliz que existía bajo la capa del cielo. ¡Vaya una moza que se había llevado el muy tunante! ¡Qué trenza de pelo, qué ojos de serrana, qué tez que parecía una granada madura! Y no era esto lo mejor, sino su genio y sus cualidades. Como mujer casera todo se lo hallaba hecho, y como compañera no la había más tierna y alegre; siempre estaba risueña y cantadora, y á veces hacía que Currito suspendiese su faena para bailar con ella un vito hasta allá. Así es que él estaba embelesado y como entontecido de felicidad. Siempre andaban juntos como los gemelos de Siam. O él se quedaba en casa ó ella le acompañaba al campo: en fin, que eran dos tórtolos enamorados. No pasaba día sin que se acordaran de la buena hada Melusina á quien debían tanta dicha y que no parecía por parte alguna.

Pero vean ustedes por dónde enreda el diablo las cosas. Currito tuvo que ir á Linares á llevar unos muñecos que le habían encargado, y no se sabe lo que le pasó en aquel pueblo rico y bullanguero; pero lo cierto es que volvió á su casa muy peneque, y en vez de abrazar á su mujercita, como tenía de costumbre, entró dando gritos y porrazos y pidiendo la cena. No estaba ésta aviada porque no era hora, y con este motivo puso á Mari-Paz de oro y azul, llamándola descuidada, holgazana y poco mujer de su casa.

La pobre mujer, que estaba sentada á una mesita colocando sobre un papel unas madejas de hilo, viendo llegar á su marido en aquel estado y oyéndose tratar de aquel modo, no tuvo fuerzas para levantarse y prorrumpió á llorar amargamente. Por fin se puso en pie, hizo la cena de prisa y corriendo, que tomó Currito solo, prosiguiendo en sus golpes y vociferaciones hasta que se cansó y se fué á dormir la mona.

Aquella noche fué la primera que la pobre Mari-Paz no durmió con su marido. Pasóla muy afligida, se levantó temprano y fuese á la venta de Cárdenas á buscar provisiones. Poco después se despertó Currito con mucha sed, se tiró de la cama, buscó á su mujer, pero sólo encontró á la vieja en cuya casa vivían, que estaba muy escandalizada de la escena de la noche anterior. Currito tenía una vaga idea de ésta y se paseaba algo preocupado por todas las piezas. En uno de sus paseos se paró delante de la mesita á la que estuvo sentada Mari-Paz, y vió sobre el papel en que ésta había colocado los ovillos de hilo veintitantos granos blancos tirando á rubio del tamaño de una avellana pequeña. Quedóse muy sorprendido. ¿Qué sería aquello? En este momento volvió Mari-Paz de su compra, y Currito la preguntó, así como también á la vieja, dueña de la casa, si alguna de ellas tomaba píldoras para alguna dolencia, pues seguramente aquellos granos parecíanse á píldoras de cristal azogado. Las dos mujeres, muy sorprendidas de la pregunta, contestaron negativamente. Currito envolvió los misteriosos granos en un papel y los guardó en una alacena.

Como á pesar de aquel primer desmán, quería entrañablemente á su mujer, consiguió que ésta le perdonara á fuerza de mimos y halagos; pues Mari-Paz desde la escena de la chispa, había perdido su alegre aplomo; así es que vió con inquietud una nueva expedición de su marido á Linares, á pesar de que éste la dijo al marcharse:

«No tengas cuidado, monona, esas barbaridades no se cometen dos veces.»

Currito llegó á Linares, en donde conocía á mucha gente. Después de colocar sus juguetes, fué por curiosidad á casa de un farmacéutico y le enseñó los granos encontrados en la suya, que había llevado consigo, preguntándole si eran cosa de botica. Examinólos detenidamente el boticario y le contestó negativamente, añadiendo:

– Pero si esto parecen perlas, finas ó falsas.

– ¡Perlas!, exclamó Currito muy admirado.

– Seguramente. Enséñaselos á D. Cosme el platero.

IV

Currito fué á casa de éste, á quien conocía, y el lapidario, previo un somero examen, quedóse mirando á aquél y le preguntó:

– ¿Pero muchacho, de dónde has sacado estas perlas?

– ¿Conque son perlas?

– Y morrocotudas. Pocas he visto iguales.

– Pues mire usted, dijo Currito poniéndose muy colorado porque iba á mentir, están en mi casa desde antes de la muerte de mi padre. Yo creí que no valían nada.

– Pues valen mucho.

– ¿Y usted me las compraría?

– Ante todo soy hombre honrado, y voy á decirte lo que te conviene. Podría comprarte cinco ó seis, pero te aconsejo que las vendas juntas, pues así valen más. En Córdoba quizá tampoco haya quien te las compre; ve á Sevilla á casa de Scroop, calle de Génova, y allí te las tomarán en su debido precio.

– ¿Y en cuánto las tasa usted?

– En unos doce ó catorce mil reales.

Currito salió atontado de casa del platero.

V

Vendió las perlas en Sevilla, y viéndose poseedor de trece mil reales creyó que esta cantidad era inacabable y se le subió el humo á la cabeza. Antes de volver á su casa se detuvo en Linares, alquiló una y mandó amueblarla: ya no se avenía á vivir en el campo. En medio del aturdimiento que le producía su nueva fortuna, no cesaba de cavilar en la procedencia de las perlas, y después de revolver su imaginación se la achacó á la hada Melusina, que parecía querer bien á Mari-Paz. Volvió Currito á su casa y anunció á su mujer y á la vieja patrona el cambio de domicilio, noticia que ambas recibieron con notoria contrariedad. Mari-Paz no dijo nada; desde la noche de la borrachera de su marido no era expansiva con él. La vieja se limitó á decir:

«Muchacho, haces mal en marcharte. En todas partes hay vicios, pero en el campo son menos.»

Ya establecido en Linares, Currito hizo una vida morigerada, pero perdió el gusto al trabajo, y confiado en que Melusina le haría un nuevo regalo triunfó y gastó de lo lindo. Ibansele acabando los fondos. La hada no daba señales de vida, y esto le tenía inquieto. Una noche, con motivo de haberse retirado muy tarde y mal humorado á consecuencia de haber perdido jugando, ambos cónyuges tuvieron una reyerta que hizo llorar á Mari-Paz. Entonces Currito notó una cosa extraña: estaban cenando y las lágrimas que vertía aquélla caían sobre la mesa é instantáneamente se convertían en perlas como las que había vendido en Sevilla, aunque algo más pequeñas. Quedóse Currito estupefacto. ¡Su mujer lloraba perlas! Desde aquel día tuvo que sostener una lucha constante entre su amor y su avaricia. Quería mucho á Mari-Paz, sentía afligirla; pero cuando se veía sin dinero, aunque remordiéndole la conciencia, buscaba pretextos de riña y escándalo para hacer llorar á aquélla. Cada vez las lágrimas convertidas en perlas iban siendo más pequeñas y por consiguiente tenían menos valor, lo cual era causa de que Currito redoblara sus desmanes con su mujer. La pobre Mari-Paz estaba cada día más triste y una mañana amaneció ciega. No sólo no veía sino que no podía llorar, sus ojos estaban secos.

VI

Currito no pudiendo ya proporcionarse recursos con el llanto de su mujer, echó un genio endiablado y se dedicó al juego y á la bebida para distraerse; y con esto y con no tener ya ganas de trabajar la casa fué de capa caída. Vendió en poco tiempo cuanto poseía: primero las alhajillas, luego la mayor parte de los muebles, después las ropas, y por último quedóse el matrimonio casi, casi con sólo lo puesto. Inútil es decir que todos los días andaba en aquel desvencijado hogar la marimorena. Currito tenía intervalos de compasión hacia su mujer al verla triste y ciega, é intervalos de aversión al considerar que no le servía para nada; pues hasta su corazón había perdido. Llegó la ruina total; el vicioso muchacho dejó á Linares, en donde se había creado muchas enemistades, y fué á refugiarse con su mujer á casa de la buena vieja de Despeñaperros, en donde anteriormente había estado, resuelto á emprender de nuevo su oficio. Pero ¡ca! faltábale el estímulo, y además con la bebida y los disgustos tenía el pulso tan temblón que sólo hacía mamarrachos.

Una tarde estaba el desgraciado matrimonio sentado debajo del peñón de la cañada. Currito trabajaba poco y mal, y Mari-Paz, con la cabeza baja, ¡Dios sabe en lo que estaría pensando! De súbito oyeron ruido, y aquél vió venir por la senda una figura sorprendente. Era la hada Melusina, toda cuajada de diamantes, que venía en un carricoche de cristal, tirado por dos gacelas muy pulidas. Currito quedóse extático y avergonzado.

La hada se detuvo al llegar frente á la triste pareja, y mirando al muchacho, dijo con acento severo:

«Te he dado la felicidad que deseabas y la has destruído. No supiste dominar tus pasiones y la Providencia te castiga por mi mano. Abandonaste injustamente á Nieves y no consiento que haya una segunda víctima de tu intemperancia. Mari-Paz recobrará la vista y será feliz.»

Y mientras profería las últimas palabras, Melusina asió con un movimiento rápido á la joven ciega, sentóla á su lado en el carricoche, dió un grito, y antes de que Currito pudiera oponerse, las gacelas partieron como si tuvieran alas, y la mágica visión se desvaneció entre las sombras del crepúsculo que ya invadían la cañada.

Currito aún vive de limosna y cometiendo necedades. En las poblaciones de uno y otro lado de Sierra Morena le llaman *Currito el bobo.*

FLORO

NUESTROS GRABADOS

El conde de Urgel en poder de la gente de D. Fernando de Antequera, cuadro de D. José María Tamburini (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – «... y padeció en este viaje (el viaje á Castilla) muchas injurias y pesadumbres, porque los que le llevaban eran muy descomedidos é inhumanos, y hacían escarnio y mofa de él, llevándole atado de pies y manos, y en los mesones y posadas le enseñaban á la gente como si llevaran un hombre vil ó un ladrón público, y le daban de pescozones, burlándose de él que hubiera tenido á gozar de pretender el reino en competencia del infante de Castilla, y de este modo lo afligían sin rastro de piedad alguna y le daban mayor aflicción.»

Aunque Monfar en su crónica explica así la situación que el artista ha tratado de representar, la crítica ha creído hallar en el lienzo de Tamburini pequeños lunares que no ha logrado explicar satisfactoriamente. Si el conde de Urgel era, en su físico, varonil ó afeminado, difícil es comprobarlo, y si durante su calvario decayó su espíritu á la par que su organismo, puede presumirse, pero no afirmarse. Sea cual fuere la verdad, lo cierto é indudable es que el autor del cuadro que reproducimos, pintado expresamente para figurar en la primera Exposición general de Bellas Artes que se ha celebrado en Barcelona, ha hecho lo que no han intentado la mayoría de sus compañeros, esto es, tomarse el trabajo en pensar y discurrir, estudiando una época y un asunto por demás simpático y de capital interés en nuestra historia regional. El cuadro acusa en Tamburini cualidades no comunes, ya que además de ajustarse por su indumentaria á la época que ha tratado de representar, obsérvanse en él bellezas muy dignas de tenerse en cuenta.

Cinco cuadros ha presentado Tamburini en nuestra Exposición, uno de ellos, el que publicamos, de grandes dimensiones. *Rosa mística*, que resulta una composición sumamente simpática y en la que el autor ha tratado de hacer alarde de su habilidad, venciendo las dificultades que le ofrecía la tonalidad; *Ocaso* y *Una máscara*, dos bellos estudios que ofrecen un verdadero contraste y *Un voto* que sintetiza la conjunción de sentimiento y creencias, de cariño y fe religiosa que se anida en el corazón de la madre cristiana, que reconocida á las bondades de la Providencia, muéstrase humilde y reverente murmurando una plegaria por haberse salvado su hijo querido de la dolencia que le aquejaba, en tanto que su esposo, destacándose de la penumbra del templo, lleva en sus brazos al ser querido. Aquí recomiéndase el artista tal cual es, pintor por la forma, poeta por el sentimiento, ya que canta los más dulces afectos, aquellos que elevan y enaltecen al hombre.

Por nuestra parte y aun á riesgo de que pueda motejarse nuestra apreciación, creemos que este lienzo, tanto por el asunto como por su valor pictórico, debiera figurar en el número de los escogidos para figurar en el Museo municipal de Bellas Artes.



Por la mañana iba al Bosque para verla pasar á caballo y cruzarse con Charnasón que la saludaba (pág. 461)

VIZCONDESA

POR LEÓN BARRACAND. – ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

Gilberto no observó nada: la atmósfera de calma que se respiraba allí acabó por tranquilizarle á él mismo y su pasión hubo de inclinarse ante aquellos dos seres que tanto se querían. El amor, por más que se diga en contrario, no sobrevive á la esperanza; y Pedro tomaba al parecer tan por lo serio su misión de esposo, que esta actitud impuso á su amigo y le inspiró respeto.

Lo que contribuía á que su pasión se calmase era la nueva mujer que Gilberto veía en la vizcondesa de Cabrol. Nada tan conmovedor como aquella joven madre, niña aún, cuya juventud contrastaba con la seriedad de semejante situación, y que se revelaba de pronto como mujer vulgar, ocupándose en detalles ínfimos que Gilberto hubiera juzgado impropios de su condición. La joven esposa criaba á su hijo, mostrando el gracioso abandono de su estado, el olvido de toda coquetería, la indiferencia de la mujer que, ocupada tan sólo de cuidar á su hijo, no se imagina que las miradas de los demás puedan fijarse sino en ellos. Su belleza tenía ahora algo de lánguida, de inocente confianza y no sé qué de casto que la ponía al abrigo de todo deseo impuro. Veíase que su alma no le pertenecía ya, que la había transmitido toda entera á las de Juana y de Guy.

Anticipándose al porvenir, los jóvenes esposos formaban ya proyectos sobre aquellos niños. Blanca había resuelto enseñarles ella misma á leer; Pedro se encargó particularmente de Guy, y proponíase hacerle adelantar en el latín. Cierto día Blanca le recordó la promesa en presencia de Gilberto.

–¡Tiempo hay para ello!, exclamó Pedro, y además, se me ha olvidado un poco... Dirígete á Gilberto, que es un sabio.

Por primera vez, Blanca miró al joven detenidamente, fijando los ojos con admiración en su cabeza, cual si hubiera querido extraer de ella cuanto suponía que encerraba para hacerlo pasar á la de su hijo.

Pero prescindiendo de esta circunstancia, era un problema averiguar si Gilberto existía para Blanca y si ésta hacía aprecio de su presencia. Apenas llegaba él, ú otro cualquiera, separábase de su esposo para dirigirse á sus habitaciones y reunirse con sus hijos.

La madre de Pedro, la condesa de Cabrol, estaba ya tranquilizada sobre su porvenir, y fué para ella una gracia de la Providencia pasar al otro mundo sin sufrir una decepción. Murió de repente, cuando aún no se habían cumplido dos años del casamiento de Pedro. Sus ojos se cerraron ante el risueño cuadro que le representaba un lugar feliz animado por dos hermosos niños.

Hubiérase dicho que sólo ella era quien con su presencia mantenía la dignidad de aquella existencia y la armonía que de ella resultaba, pues apenas dejó de existir, y á pesar del dolor profundo que Pedro experimentó por su pérdida, todo cambió insensiblemente.

En primer lugar, suscitáronse cuestiones entre Pedro y su hermano con motivo de la herencia, pues Juan de Cabrol contaba, como primogénito, con beneficios que no encontró. No supo ocultar su despecho, mostróse muy violento y acabó por resentir el amor propio de su hermano. No obstante, al fin hubo avenencia, y el castillo de los alrededores de Chatillón, causa de la disputa, quedó para Pedro. Sin embargo, algún tiempo después, y á consecuencia de una grave decisión que Pedro adoptó sin consultarle, Juan tuvo un pretexto para romper con él definitivamente.

Tratábase de pedir su retiro como oficial: el conde veía en esta determinación el origen de faltas de conducta que podían perjudicar á uno y á otro, y por desgracia sus temores eran harto fundados. Desde que era dueño de una gran fortuna, Pedro no podía sufrir ninguna autoridad, y por esto disgustábale la vida militar. No quiso escuchar á su hermano, y se indispuso con él; poco le costó obtener el consentimiento de la vizcondesa, que no veía aún más que por sus ojos, y salieron de Versailles para establecerse en París.

La marquesa de la Fonfreyde les había cedido su palacio de la calle de Babilonia, y allí se instalaron; mientras que la anciana volvió á Mareuil, donde vivió en adelante, ocupada en la explotación de las numerosas granjas dependientes del castillo. Hacia el fin de su vida, esta noble dama se dejó dominar completamente por un vicio que había ocultado hasta entonces: asegurábase que era avara. El hecho de haber despedido un intendente que la robaba, la circunstancia de haberse encargado ella misma de la dirección de todos los asuntos, sus exigencias y discusiones con los colonos de la finca, su empeño de no renunciar al menor de los beneficios y la parsimonia con que vivía dieron origen á tal rumor.

El palacio de la calle de Babilonia quedó transformado al gusto del día, y entonces dieron principio las recepciones. Poco á poco, la vida de Pedro y la de Blanca, tan recogida en otro tiempo, perdió su carácter íntimo para hacerse más pública.

Gilberto los perdió de vista algún tiempo, pues alternaban con aquella sociedad con la que él no tenía relaciones y de la cual le separaba su vida estudiosa; pero previó que la vizcondesa, la joven madre formal que había conocido, iba á transformarse, dejándose arrastrar por el ejemplo de su esposo.

Las pocas veces que al hacer una visita por la tarde los encontró en casa, no estaban solos; siempre había allí parientas de provincia, las condesas de Chalieu y de Preville, tías de Blanca, y la baronesa de Tertre, que lo era de Pedro.

No disfrutando de gran fortuna estas señoras sólo iban durante las primaveras á pasar algunas semanas en París y alojábanse en el palacio de la calle de Babilonia, hallando así, á pesar de sus escasas rentas, el medio de satisfacer las exigencias del gran mundo para el cual habían nacido. Llevaban las noticias de su país sobre matrimonios, nacimientos y chismes; conocían al dedillo la genealogía de todas las familias delfinesas, y sus detalles no se agotaban nunca. Eran mujeres de costumbres aristocráticas, fieles guardianas de las tradiciones, sumamente devotas, muy delicadas en la elección de manjares; no faltaban nunca á las grandes ceremonias religiosas, y eran muy aficionadas á oir los sermones de

predicadores notables; revolvíanlo todo en el palacio, é imponían sus preferencias al cocinero. En cambio mostrábanse muy atentas con Pedro de Cabrol, que durante sus ausencias encargábales que distrajesen á su esposa.

Pedro, en efecto, salía mucho: al cabo de dos años de matrimonio adoptaba otra vez su vida de soltero en el punto mismo en que había renunciado á ella; pero esta vez con todo lo que podían agregar á sus aficiones la libre disposición de bienes inmensos, la independencia de una vida ociosa y la falta de ese ascendiente maternal que hasta entonces había moderado su conducta.

Gilberto supo muy pronto á qué atenerse sobre el particular. En algunas comidas á que fué invitado, después de los postres y en la intimidad de las confidencias de unos y otros, las indiscreciones de Charnasón y de varios amigos le pusieron al corriente de las locuras de Pedro. Un nombre sobre todo sonaba con frecuencia, el de miss Bagatel, que no se pronunciaba nunca sin que se cruzaran sonrisas y alguna guiñada maliciosa.

¿Sospechaba algo la vizcondesa? Difícil hubiera sido saberlo, porque en aquella época hallábase ya demasiado atareada por las continuas ocupaciones propias de una mujer del gran mundo para que tuviese tiempo de vigilar á su esposo ni siquiera de pensar en él.

Apenas le quedaba un momento para ver á sus hijos: éstos eran llevados á su presencia á una hora fija, los abrazaba, asegurábase de que disfrutaban de buena salud, confiábalos después al aya, y asunto concluído para todo el día. Su coche la esperaba: las carreras, las visitas, las ventas para la Beneficiencia, las consultas con la modista, el tocador; todas estas ocupaciones diarias exigían mucho tiempo, y la vizcondesa ya no se pertenecía.

En poco tiempo, pues, verificóse una transformación completa, y Gilberto pudo persuadirse de que la mujer es lo que quiere el marido, frívola ó formal, según sea el carácter de éste. Blanca había aceptado como cosa natural la primera existencia aplicada y grave que se la impuso; y ahora, con la misma naturalidad, lanzábase en aquella vida agitada, sin faltar á ninguna de las reuniones donde debía encontrar á las personas que hacían la misma vida que ella.

Y ante todos estos cambios, Gilberto sentía que él también se transformaba. Aquel amor que él había procurado dominar, su pasión calmada, todo parecía despertarse bruscamente y con más energía que nunca. Si Blanca de Cabrol abandonaba su hogar y se lanzaba á los placeres, si su esposo no sentía ya amor hacia ella, si el lazo que los unía no era el vínculo tres veces sagrado que él había creído, ¿por qué imponerse el sacrificio de no amarla?

¿Qué deseaba, sin embargo?... ¿Declararle su amor? ¡Bien sabía que esto era imposible, porque no podía hacer traición á Pedro! ¡La esposa de su amigo era para él sagrada!... No, no era esto lo que deseaba; pero quería sí seguirla, vivir al menos como ella y tomar parte en sus placeres. No necesitaba jurar que ella no conocería nunca sus sentimientos; pero á pesar de ello se hizo á sí mismo este juramento.

Y desde entonces, á fin de verla más á menudo, comenzó á buscar las invitaciones con tanto empeño como el que antes puso en evitarlas, y frecuentó todas las reuniones á que Blanca asistía. No le fué difícil conseguirlo, pues aquella no era la sociedad quisquillosa y un poco austera que conoció en casa de la marquesa de la Fonfreyde y de la condesa de Cabrol, sino gente más acomodaticia; distinguida, eso sí, pero ante todo amiga de los placeres. Por eso Gilberto pudo deslizarse en ella inadvertido y perderse en aquella brillante multitud, de la que formaban parte las principales bellezas, las reinas de la moda, cuyos nombres y la descripción de cuyos tocados llenaban al día siguiente de cada baile las columnas de las crónicas periodísticas. El nombre de la vizcondesa de Cabrol, citado sin cesar, era uno de los que naturalmente, casi diremos por derecho propio, acudía á la pluma del periodista. La entrada de Blanca en los salones producía siempre sensación.

La primera vez que Gilberto volvió á verla en una de aquellas reuniones, adelantándose orgullosa con sus galas y sus hombros desnudos, experimentó cierto asombro: su juventud se había desarrollado, y todas las gracias, todo el fuego de la vida revelábanse en sus ojos y en su sonrisa.

Andaba majestuosamente y llevaba erguida la cabeza que una magnífica y sinuosa línea de la nuca, perdida entre la mata de su hermoso pelo negro, destacaba sobre sus esculturales espaldas. Aquella cabeza, siempre pequeña resultaba de este modo mejor asentada para realzar el perfecto dibujo de las facciones, el suave óvalo del rostro, el delicado carmín de las mejillas, y aquella frente estrecha y lisa coronada de espesas trenzas en las que parecían agitarse las aguas de los diamantes. La amplitud de sus bellos ademanes deslizábase á lo largo de sus brazos blancos como el marfil y correctamente redondeados en el codo, en los cuales buscaba Gilberto cándidamente el rasguño que en otro tiempo viera en ellos: ya no le vió; había desaparecido, sin duda con la misma facilidad con que se borró en la memoria de la hermosa el recuerdo de aquel día de su infancia. Su talle, algo más grueso y firme, era el talle de mujer honrada, no de aquellos que, redondos y flexibles como una caña, parecen prestar su curvatura á la opresión de ajenos brazos. En este conjunto, Gilberto adivinó todas las dificultades é imposibilidades de una victoria, la dureza de una armadura impenetrable. Las miradas del joven fijábanse con admiración en las ondulaciones del corsé, y en las blancuras satinadas que el escote del vestido dejaba ver en parte, y que eran indicio de una salud robusta y sana. En este punto, Gilberto experimentó una impresión dolorosa: el mundo tiene sus convenciones, y da poca importancia á la multiplicidad de los tesoros que se ostentan; pero él, que no pertenecía á la misma sociedad, que no veía sino á Blanca, sin hacer aprecio de las demás mujeres, y que la había elevado á tanta altura en su pensamiento fuera de toda comparación, no podía ver aquello sin pesar. Y por muchas veces que la viera después, mostrando aquellos brazos y hombros desnudos, no le fué posible hablarla sin sentir emoción y angustia, ni persuadirse de que fuera una mujer como las demás, modelada en el mismo limo.

Blanca bailaba poco, y hallábase continuamente rodeada de sus amigos, distinguiéndose entre ellos Charnasón, que la seguía por todas partes, y aunque á veces se distraía aquí y allí acababa por volver siempre á su lado.

Charnasón abusaba de un vago parentesco y de su antigua amistad con Pedro para mostrarse muy familiar; y la vizcondesa, sin ofenderse por ello, sonreía al ver las excentricidades á que le llevaba su tolerancia. En cuanto á Pedro, no veía mal en nada... Aburríase en aquellos bailes, y desaparecía á veces para no volver hasta que tocaban á su término.

– Blanquita no se divierte, decía á cualquiera de sus amigos íntimos: déle usted un poco de conversación mientras yo me escabullo...

Y en efecto se iba. El casino, el juego y miss Bagatel le esperaban.

Cierto día, en que por casualidad rara ningún adorador asediaba á Blanca, Gilberto se halló solo á su lado.

– Supongo que no olvidará usted mi invitación, señor Maujeán, díjole la vizcondesa; mi baile será muy lucido y cuento con mucha gente...

Al decir esto, Blanca se abanicaba, y del aire que producía desprendíanse las emanaciones de un ligero perfume que sin duda embriagó á Gilberto, pues olvidóse de sí mismo. Se había prometido no revelar nunca su amor; pero tal vez no le había disgustado que ella adivinase sus sentimientos. Por eso contestó con un tono cariñoso, que velaba la seriedad de sus palabras:

– ¿Cómo olvidarlo?... Yo no olvido nada de cuanto á usted se refiere.

Blanca se volvió al oir esto para mirar con atención al joven.

– ¡Ah!, exclamó, ¿también usted gasta cumplidos?... Le creía á usted más formal.

La respuesta no inmutó á Gilberto, quien se consideraba feliz por tener aquella oportunidad de explicarse.

– Pues bien, repuso, se ha engañado usted. Yo soy muy frívolo, muy ligero, casi un niño, tanto que me complazco en evocar los recuerdos de mi infancia. ¡Ah! Ahora me acude uno á mi memoria... ¿Tiene usted presente el día en que la vi por primera vez?

– Ciertamente.

– Fué en...

– En Mareuil.

– ¿Qué sucedió aquel día?

Blanca no pudo recordarlo, y entonces Gilberto se lo refirió punto por punto, tratando de hacerle comprender, por el interés que daba á todos sus detalles, la dulce impresión que produjo en lo más hondo de su alma. Lo que hacía era infame, y de ello se reprendía interiormente; pero el castigo no tardó en llegar.

– ¡Qué memoria!, exclamó la vizcondesa; pero no es de extrañar en un sabio... Las gacelas murieron el invierno pasado. Ha sido lástima... ¿Ha elegido usted traje? Le advierto que no admito el de sociedad.

Blanca, pues, no había afortunadamente comprendido el sentido de las palabras pronunciadas por el joven: la conversación tomaba otro giro, y Gilberto no la cambió, declarando que no se había ocupado aún de su disfraz.

– Pues yo estoy en duda, repuso Blanca. Charnasón me dice que debo vestir á la española... ya sabe usted, con media calada y falda corta... Estaré muy bien.

La vizcondesa quiso también aconsejar á Gilberto.

– Usted es rubio... el negro le sentará á usted perfectamente... Vestido de terciopelo de este color parecerá un señor veneciano... Créame usted.

La multitud volvía hacia ellos, y Charnasón se adelantó presuroso.

– ¡Cómo... sola!, exclamó. Si yo hubiese sabido...

– Sola no... replicó la vizcondesa; hablaba con el señor Maujeán... ¡Oh... y de cosas muy graves!...

Y así diciendo desapareció del brazo del recién llegado.

A pesar de la impertinencia del vizconde, que al parecer no hacía aprecio de él, Gilberto continuó siguiendo á la vizcondesa en las reuniones; y buena paciencia necesitaba para escuchar lo que se veía obligado á oir. En cuanto á Pedro, se mantenía impasible y por nada se indignaba; observaba sin el menor enojo la asiduidad comprometedora y las extravagancias de Charnasón y las declaraciones embozadas que hacían á su esposa los aduladores que continuamente giraban á su alrededor. Por más que no manifestase preferencia á ninguno, Gilberto comprendía que estaba menos adelantado que los demás; inútil era que se mezclase entre ellos, haciendo lo que hacían, pues era evidente que Blanca rehusaba aceptarle bajo el mismo pie, dejándose llevar, tal vez sin darse cuenta de ello, de no sé qué preocupación de inferioridad social. Hasta hubiérase dicho que le causaba extrañeza ver entre aquella sociedad, amante de los placeres, un hombre estudioso. El mismo carácter formal de su Gilberto la molestaba, y no comprendía que el joven deseara aturdirse como ella, cediendo á la embriaguez de la juventud, confundiéndose con todos aquellos jóvenes locos que le hacían la corte.

– Está usted alegre, díjole una noche la vizcondesa; supongo que se divierte...

Y tomando una expresión más grave, añadió:

– Sin duda me compadece usted, no comprendiendo nuestras locuras.

– ¿Por qué?

– Porque es usted superior á ellas.

Gilberto declaró que le agradaba mucho la sociedad, y que le parecía natural que todos se divirtieran en ella.

– Pues entonces, repuso Blanca, no es usted como yo, que me aburro siempre.

– Pues ¿por qué no se queda usted en su casa?, preguntó Gilberto.

– ¿Es acaso posible? ¿No he de hacer como todo el mundo? ¿No he de seguir á Pedro?

– Si yo fuera de éste...

Gilberto se interrumpió, atemorizado de lo que iba á decir; pero la vizcondesa le animó.

– ¿Si usted fuera de él?

– Sí; en su lugar, yo saldría poco. Cuando se ama, los días son demasiado breves y no queda tiempo para aburrirse; y cuando aquella á quien se ama es una mujer como usted...

Gilberto se detuvo, temiendo ofender á Blanca. ¿Con qué derecho penetraba así en su intimidad, sustituyéndose en cierto modo á su marido?... Pero hay que creer que ya estaba acostumbrada á semejantes atrevimientos; poco á poco perdía esa reserva de la mujer que no tolera que se traten delante de ella las cuestiones de amor, y que se guarda de dar su parecer sobre asunto tan delicado; y después de permanecer un instante silenciosa, con la vista baja, contestó al fin:

– Veo, dijo, que usted sueña novelas entre Pedro y yo; pero debe advertir que nos conocemos desde la infancia. Eso de que usted habla, esa ternura apasionada no podía existir entre nosotros; y tal vez no debía nadie casarse en tales condiciones... No... ¡Oh! No me quejo, pues Pedro tiene un corazón generoso, aunque su carácter es algo débil tal vez... En todo cuanto hace, su intención no es afligirme... y yo le perdono. Somos buenos amigos, muy indulgentes uno con otro... y hasta creo que jamás fuimos otra cosa.

Aquí se interrumpió para reirse.

– ¡Sin echarlo de ver, prosiguió, estoy contándoselo á usted todo, señor Maujeán!, y yo misma me admiro de ello... Será sin duda porque no se parece á los otros y es más formal... Por otra parte, le considero como el mejor amigo de Pedro, un amigo leal... de lo contrario...

Y haciendo un pequeño ademán de amenaza cómica, se alejó.

Gilberto sabía ya para lo sucesivo más de lo que hubiera deseado. Era evidente que no se amaban, y tal vez no se habían amado nunca. Blanca conocía ya, al menos en parte, la conducta de su esposo; más aún, le perdonaba. La moral fácil de aquel mundo de placeres en que la vizcondesa vivía, inspirábale esa tolerancia, impidiendo que se escandalizase; y por su parte, creíase libre, ó por lo menos, así se deducía de lo que había dicho. Algún día nacería una inclinación si no había nacido ya; una inclinación más viva que la que parecía arrastrar á Blanca en aquel momento hacia el vizconde de Charnasón, hombre desagradable y nulo. ¿Tendría la vizcondesa bastante dominio sobre sí, en la continua embriaguez de aquellas fiestas, para resistir siempre? ¡Y Gilberto vería



Apenas le quedaba un momento para ver á sus hijos (pág. 460)

aquel desliz, él, que la adoraba hacía tanto tiempo, y que la amaba como ella se lo merecía! ¡Ah! Era cosa de volverse loco.

Pero se preguntará una vez más: ¿qué deseaba, qué pretendía, puesto que le estaba vedado declararse y no le era posible hacer traición á un amigo?... Pues bien: ¡quería salvarla... sí, salvarla á ella misma... impedir que perteneciese á otro, puesto que no debía ser para él! Esta conducta le parecía muy generosa, y al pensar así era evidente que su razón desvariaba, como la de todos aquellos cuya situación es inextricable.

Las aficiones de Gilberto cambiaron cada vez más: el estudio, los libros, su despacho y el trabajo llegaron á ser para él odiosos; en su cabeza hacíase el vacío, ocupándola tan sólo un pensamiento: la preocupación constante, á todas horas del día, de saber dónde estaba Blanca de Cabrol, qué hacía y con quién se hallaba. Por la mañana iba al bosque para verla pasar á caballo y cruzarse con Charnasón, que la saludaba; y por la noche, siempre veía en su palco la figura insulsa del vizconde, con su aspecto de suficiencia. Por más alardes que éste hacía, harto adivinaba Gilberto que aún no había obtenido ningún favor: esto se lee en la mirada, que no tiene la misma expresión para el que espera que para el agradecido; pero Maujeán presentía al mismo tiempo que en aquella vida de fiebre y de continuas excitaciones, sin que ella pudiese preverlo, sin quererlo tampoco, una casualidad, cualquiera circunstancia inesperada ó una imprudencia podía perderla para siempre.

Y su pasión se acrecentaba con esta tortura, tomando fuerzas en el pensamiento mismo de aquella caída, que presentía siempre. Esto ponía ante sus ojos imágenes fantásticas, y sus celos inventaban delicias que venían á profanar la pureza de su ternura hacia Blanca, enardeciendo sus sentidos. Su odio á Charnasón redoblaba; ya no podía verle ni encontrarse frente á frente con él sin que le fuera preciso dominarse, esforzándose para contener su cólera, siempre á punto de estallar.

Y al fin estalló en el baile á que la vizcondesa le había invitado, y que aplazado de semana en semana, acabó por tener en las preocupaciones públicas una importancia excepcional. No se hablaba más que de aquella fiesta; los diarios se hacían eco de todos los rumores sobre el asunto, y no era uno de los menores enojos de Gilberto ver cómo el gran nombre de Cabrol servía de asunto para las gacetillas, mezclándose en la promiscuidad de los escándalos con otros nombres de mala nota. Todo cuanto él estaba acostumbrado á respetar y á mirar degradábase sin el menor reparo.

Blanca estaba encantadora con su basquiña de seda amarilla adornada de blonda negra; una rosa encarnada, único adorno de su cabello, realzaba el gracioso peinado, y el conjunto del traje parecía rejuvenecer á Blanca, comunicándole más encantos y mayor vivacidad. Como ama de casa, obligada á sembrar la animación á su alrededor, iba de unos á otros, risueña, provocativa y un poco locuaz.

Gilberto se aturdía al ver esto, y entristecíase á la vez ante aquella alegría sin freno. Jamás había visto á Blanca tan hermosa, y obtuvo una parte de sus sonrisas. La vizcondesa le vió en un ángulo del salón y dirigióse á él.

– ¡Alégrese usted, le dijo, señor de Maujeán!

Y haciendo alusión á su traje, añadió:

– Esta noche se halla usted en la Venecia de las fiestas... Creeríase que pertenece usted al consejo de los Diez. ¿Piensa usted condenar á alguno á muerte?

Y cogióle del brazo para dar una vuelta con él.

Un momento después acercáronse al conde de Bagrassand, y Blanca le censuró por la sencillez de su dominó negro, que era como una mancha en el alegre conjunto de los demás disfraces.

– No se le ha de vituperar por eso, dijo la vizcondesa cuando se alejaba, pues apenas ha terminado el luto... y hasta me extraña que haya venido.

– ¿Por quién vestía luto?

– ¡Cómo! ¿No lo sabe usted? Su joven esposa murió, y ha quedado solo con una niña.

A poco vieron á Charnasón, vestido de arlequín, con su espadón de palo y haciendo piruetas en medio de un grupo que admiraba sus cabriolas. Blanca obligó á Gilberto á detenerse, y mantúvose á cierta distancia, muy divertida al parecer, é interesada en el espectáculo, que contemplaba con la sonrisa en los labios. Gilberto volvió á ver aquel diente que se encorvaba de una manera singular y parecía alterar la hermosura sin tacha de la vizcondesa, é irritado por la atención que ésta fijaba en otro, deducía de aquel defecto no sé qué pronósticos é inducciones, como de una inclinación perniciosa, una mancha original y secreta, fácil de manifestarse é inclinar á Blanca hacia el mal. Aquel diente que había crecido de través, parecíale entonces una señal fatídica.

– ¡Qué loco es ese Charnasón!, exclamó Blanca.

Pronunció estas palabras sonriéndose, con ese tono de indulgencia que se tiene para aquellos á quienes se está dispuesto á dispensarlo todo.

Entonces Gilberto no pudo contenerse más, y olvidó sus propósitos; sin recordar ya el juramento que se había hecho de callar siempre y respetar á la mujer de Pedro, dijo con acento triste y mirando fijamente á la vizcondesa:

– ¡Cuánto le invidió!

Blanca, un momento turbada y entristecida también, observó á Gilberto silenciosamente.

– ¡Ah!, exclamó al fin, también usted pierde la cabeza... ¡Usted, tan formal y tan juicioso!... Será cosa de renunciar á la razón.

La vizcondesa se alejó con Gilberto; parecía reflexionar, y hubiérase dicho que deseaba decirle algo; pero casi en el mismo instante, varios convidados los detuvieron, dando broma á Gilberto sobre su egoísmo al acaparar así á la vizcondesa, y entonces Blanca dejó su brazo.

Maujeán volvió á su sitio, descontento de sí, y furioso por aquella explosión de celos, que equivalía á todas las declaraciones.

Precisamente llegó allí cuando Charnasón se vanagloriaba de que la vizcondesa vistiese el traje que él le indicara, y llamaba la atención de los que le oían



Y alegre como si nada hubiese ocurrido, entregado al placer perdióse en la multitud.

sobre la gracia con que le llevaba y el donaire de sus movimientos, que hacían ondular la falda. Y el vizconde no se valía de reticencias, sino que llamaba las cosas por su nombre.

– ¡Pero miren ustedes á Blanquita! ¡No se puede ser más española!...

Charnasón daba á Blanca el mismo nombre cariñoso con que la nombraba su esposo en su trato íntimo; á cada momento, Blanquita por aquí, Blanquita por allá; todos se reían á su alrededor, y así comprometía á la vizcondesa á su antojo.

– ¡Imbécil!, exclamó Gilberto.

La palabra se le escapó; mas apenas la hubo pronunciado, vió el estupor que producía en todos los que allí estaban.

– ¡Está bien, señor Maujeán!... Ya nos veremos, dijo Charnasón.

Y alegre como si nada hubiese ocurrido, entregado al placer, perdióse en la multitud.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

CONCURSO DE CONTADORES ELÉCTRICOS

LOS APARATOS PREMIADOS

A consecuencia del desarrollo adquirido por las estaciones centrales de distribución de energía eléctrica y de la necesidad cada día más urgente de un contador práctico destinado á medir la energía facilitada á los consumidores, la ciudad de París abrió un con-

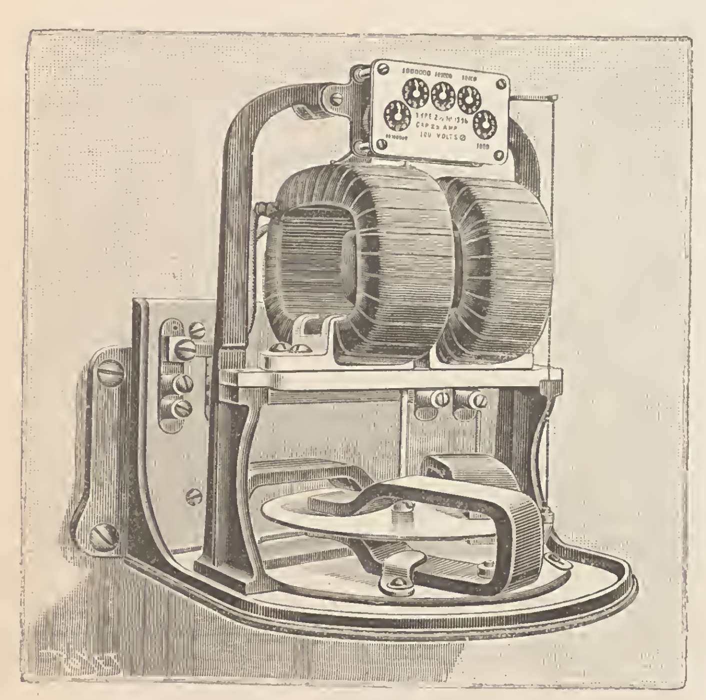


Fig. 1. – Contador de energía eléctrica del profesor Elihu Thomson

curso poniendo á la disposición de la comisión técnica encargada de juzgar los aparatos que se presentaran la cantidad de 20.000 pesetas que habrían de distribuirse entre los expositores. Al primer concurso no se presentó aparato alguno que satisficiera todas las condiciones del programa, por lo que la comisión sólo pudo distribuir 7.000 pesetas á modo de estímulo, reservando las restantes 13.000 para un segundo concurso, el cual ha terminado hace poco y cuyos resultados han sido por demás notables.

De los aparatos que han merecido ser premiados, vamos á describir los dos contadores que se han repartido *ex equo* y por orden alfabético el premio de 10.000 pesetas concedido, según rezaba el programa, al inventor que presentase un contador que nada dejara que desear y que fuese aplicable á las corrientes alternativas lo mismo que á las continuas: tales son los contadores de energía eléctrica de M. Aron, de Berlín, y de M. Elihu Thomson de Lynn (Massacusets). Otros aparatos, los de M. Frager y el de M. Marés, han valido á sus inventores los tres premios de 1.000 pesetas que completaban las 13.000 de que la comisión disponía.

Contador Aron. – El aparato de M. Aron es un contador de energía eléctrica á integración continua fundada en la diferencia de marcha de dos péndulos, aparato ya conocido y del que, por lo tanto, sólo nos ocuparemos en un punto especial que constituye un perfeccionamiento importante introducido en el anteriormente conocido. En el de M. Aron la principal dificultad que hubo de vencerse estaba en la falta de un sincronismo perfecto de los dos péndulos que daba un registro positivo ó negativo aun cuando el abonado no consumiera energía alguna. En el aparato presentado al concurso referido, este inconveniente realmente grave ha sido hábilmente salvado por medio de un ingenioso artificio, que consiste en unir los dos péndulos oscilantes por medio de un hilo no en tensión que sostiene en su centro un pequeño peso de un gramo. En tales condiciones el sincronismo de los péndulos se mantiene indefinidamente de una manera absoluta con tal de que haya sido una vez regulado de una manera suficiente por un ajuste previo de la longitud de aquéllos.

Es indudable que el sincronismo así obtenido se mantiene aun cuando sea muy débil la potencia eléctrica proporcionada al circuito y que el contador nada integra por ese débil gasto; pero la experiencia ha demostrado que la acción perturbadora del pequeño peso sincronizador no ejerce influencia sensible sobre la constante del aparato cuando la potencia eléctrica á integrar alcanza una doscientava parte de la potencia máxima del contador, es decir, 10 wats, por ejemplo, para un contador de 2.000.

Contador Thomson. – El aparato del profesor Elihu Thomson pertenece á la clase de los contadores-motores: consiste, en principio, en un motor eléctrico cuya velocidad angular es en cada instante proporcional á la potencia suministrada al circuito que sirve. En estas condiciones un simple contador de vueltas arrastrado por el árbol del motor eléctrico integra la energía eléctrica suministrada y permite determinarla en cada momento entre dos épocas dadas por diferencia de las lecturas hechas en los cuadrantes en las dos referidas épocas. Aunque esta idea haya sido á menudo emitida y hasta varias veces haya recibido un principio de realización práctica, esta es la primera vez en que el problema se ha resuelto por medios tan sencillos, aliando de una manera tan completa las indicaciones de la teoría con las exigencias de la práctica.

El aparato representado en altura en la fig. 1 y esquemáticamente en la fig. 2, consta de tres partes esenciales: un motor electro-dinámico, un freno electro-magnético y un contador del número de vueltas efectuadas por el árbol que lleva el motor y el freno.

El motor está constituído por un sistema inductor por el cual pasa la corriente principal, y un inducido de hilo fino montado en derivación sobre las bornas de la canalización, pero intercalando en él una resistencia apropiada al potencial de distribución, de tal suerte que la intensidad de la corriente que atraviesa esta derivación no pase de una décima de ampere. En estas condiciones de montaje, si llamamos I la intensidad de la corriente que atraviesa los inductores y *e* la diferencia de potencial mantenida entre las bornas del hilo fino, ejércese entre el carrete móvil y los inductores fijos un par motor proporcional á *e* I, es decir, proporcional á la potencia eléctrica á integrar en función del tiempo. El par resistente está producido por la rotación de un disco plano D dispuesto en la parte inferior del árbol motor entre tres imanes. La rotación del disco desarrolla en éste corrientes de inducción y lo convierten en una especie de generador eléctrico que trabaja sobre sí mismo á modo de circuito cerrado y que obra como freno. Siendo la potencia así absorbida proporcional á la velocidad angular del disco, habrá equilibrio dinámico cuando el par motor será igual al par de resistencia, es decir, cuando la velocidad angular del disco será proporcional al par motor y por ende á la potencia *e* I.

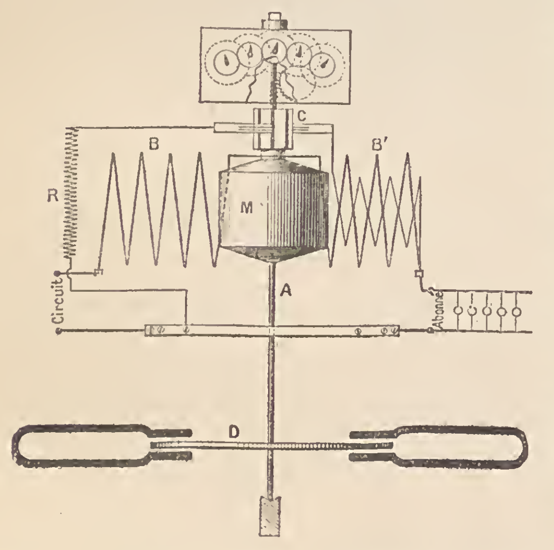


Fig. 2. – Diagrama del contador. – A. Arbol. – M. Carrete inducido. – B, B' Carretes formando campo. – C. Conmutador del carrete inducido. – D. Disco de cobre formando freno electromagnético. – R. Resistencia adicional.

El contador de vueltas, que nada de particular ofrece, está directamente gobernado por un tornillo sin fin colocado en su parte superior.

Gracias á la supresión del hierro en el inducido y en los inductores del motor, el aparato es igualmente aplicable á las corrientes continuas y á las alternativas, sin ningún cambio en la constancia del aparato.

Para evitar el error que produciría en la medida la fuerza contra-electromotriz desarrollada por la rotación del inducido, se le ha dado, de propósito, una velocidad angular débil que no exceda de una vuelta por segundo á carga máxima, lo cual aumenta la duración de los ejes de la única pieza móvil del contador.

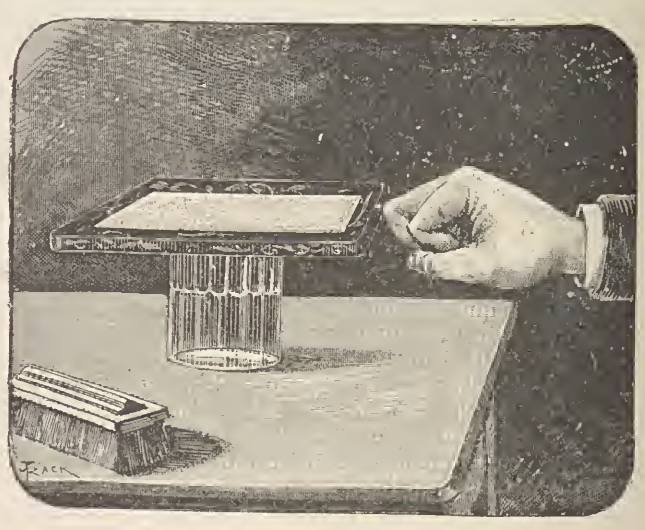
Para vencer los rozamientos en los desamarres, los inductores van provistos de un rollo de hilo fino montado en el mismo circuito que el inducido y que la resistencia adicional R. En el potencial normal, este rollo produce un par motor constante sensiblemente igual al par resistente de desamarre, de modo que basta la más débil corriente para que el aparato se dispare. Este rollo de hilo fino está representado en B' en la fig. 2. Las variaciones de la presión atmosférica no ejercen influencia en la exactitud del contador porque los roces en el aire son muy pequeños á consecuencia de la escasa velocidad angular y de la forma del motor.

La influencia de las variaciones de la temperatura ambiente está prevista en la construcción de un modo muy sencillo. Las resistencias puestas en serie con el inducido son de cobre de la misma calidad que el del inducido y que el del disco que forma freno. Así, cuando por consecuencia del aumento de temperatura y por ende de la resistencia eléctrica del sistema el par motor disminuye, el par resistente disminuye en las mismas proporciones, porque la resistencia eléctrica del disco aumenta y este aumento de resistencia disminuye la intensidad de las corrientes inducidas en el disco.

Para contrastar el contador puede hacerse variar la resistencia R en serie con el inducido ó la posición de uno de los imanes que forman los inductores del freno. Aproximando los polos de los imanes al eje de rotación, se disminuye el amortecimiento. La contrastación se hace de modo que la primera aguja del contador de vueltas dé una vuelta completa por cada 1.000 del inducido, y como el contador se regula de manera que cada vuelta del inducido represente un wat-hora, el primer cuadrante indica 1.000 wats-hora, cada división de este primer cuadrante un hecto-wat-hora y cada cuadrante siguiente marca una proporción de 10 á 1. Las lecturas se hacen, pues, como en los contadores ordinarios de gas.

La contrastación es sumamente fácil y rápida: basta hacer una señal en el disco y contar el número de veces que pasa por delante de una marca en un tiempo dado. Asimismo se puede con facilidad comprobar en cualquier momento cada aparato y asegurarse de su exactitud, y bajo este concepto sería bueno que el contador estuviese encerrado, no en una caja opaca de hoja de latón, como lo está el modelo sometido á la comisión, sino en una caja que tuviese por lo menos una cara de cristal, de modo que se viera bien la sencillez del aparato, como también una propiedad preciosa que posee desde el punto de vista de la satisfacción del consumidor, cual es la de permanecer completamente inmóvil cuando el consumo es nulo.

Cuando se cambia el sentido de la corriente que atraviesa el aparato, el contador gira en sentido inverso y descuenta con la misma exactitud, lo cual puede ser de gran utilidad en algunas instalaciones, las que llevan acumuladores, por ejemplo. Digamos finalmente que el contador es absolutamente silencioso y que su exactitud es prácticamente perfecta en toda la escala de su suministro. Este conjunto de cualidades y las que hemos hecho notar antes á propósito del contador Aron, justifican las conclusiones de



Una máquina eléctrica gratis

la comisión al dividir el premio de 10.000 pesetas entre dos aparatos igualmente excelentes y que resuelven por completo el problema de la medición práctica de la energía eléctrica suministrada por las fábricas centrales de distribución.

E. HOSPITALIER

(De *La Nature*)

***

UNA MÁQUINA ELÉCTRICA GRATIS

Tómese un vaso, póngasele al fuego para que se seque por completo y colóquesele luego boca abajo sobre una mesa. Cójase después una bandeja perfectamente seca y colóquese sobre el vaso de modo que se mantenga en equilibrio. Tómese finalmente una hoja de papel algo más pequeña que la bandeja, caliéntese y frótese rápidamente con un cepillo: pronto se electrizará y entonces póngasela sobre la bandeja.

De este modo, sin gasto alguno, se habrá construído una máquina eléctrica: si se aproxima un dedo á la bandeja brotará de ésta una chispa, tanto más viva – y tanto más larga también la serie de ellas que podrá obtenerse – cuanto más secos estén el vaso y la bandeja.

Si mientras se hacen saltar chispas de la bandeja se deja la habitación completamente á obscuras, aquéllas aparecerán sumamente brillantes.

(De *La Science Illustrée*)

***

EL PUERTO CHINO DE WEI-HAI-WEI

El *Sanghaï Mercury* publica algunas noticias en extremo interesantes respecto de un nuevo puerto chino, que por su excepcional situación está llamado á ser dentro de breve plazo el Portsmouth del extremo Oriente. Wei-hai-wei está situado á veinticinco millas Oeste de la isla de Alceste, siendo el fondeadero más oriental que existe en la costa Norte de la península Shantung. La entrada es sumamente fácil para los buques de poco calado, no así para los de gran porte, á causa de su limitada profundidad.

Esto no obstante, Wei-hai-wei será un excelente puerto de refugio muy superior á Yen-Sai y á Cheefo, con la doble ventaja de hallarse situado en uno de los puntos más saludables del Celeste Imperio. Hace apenas ocho años que el gobierno chino concibió el proyecto de crear una estación naval, escogiendo al efecto el nuevo puerto, que ha recibido ya en sus aguas la división de Peiyang. Hay que advertir que se halla defendido por importantísimas obras de fortificación, siendo las más principales los fuertes emplazados en Channel-Island, que protege el paso Este, y en el Observatory Island, frente á la punta de Sen-Kung-Tang. Varias piezas de gran calibre asoman ya sus bocas por las troneras de las murallas, habiéndose encargado á la casa Krupp el artillado completo de la plaza.

Trátase actualmente de unir, por medio de un gran dique, el puerto de Observatory-Island con el de la punta de Sen-Kung-Tang y éste con el de Channel-Island, por un rompeolas. Si este proyecto llega á realizarse será, sin duda, una de las obras más importantes y atrevidas que se habrán llevado á cabo por la ciencia moderna, ya que la distancia que separa los fuertes entre sí excede de una milla, variando la profundidad entre cinco y siete brazas. Ha empezado la construcción de un gran muelle de hierro destinado á los buques de guerra, así como un desembarcadero para las lanchas. Los talleres y almacenes ocupan casi por completo la isla, en la que existe también la Escuela naval y un campo de maniobras, para que las tripulaciones puedan simular desembarcos y recibir la instrucción práctica que necesitan los cabos de mar y la infantería de marina, ya que dada la táctica moderna naval, el marino debe conocer asimismo la que posee el soldado terrestre.



EL CONDE DE URGEL EN PODER DE LA GENTE DE D. FERNANDO DE ANTEQUERA, cuadro de D. José M. Tamburini

(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona)

Imp. de Montaner y Simón



Año X — Barcelona 20 de julio de 1891 — Núm. 499

UNA JUGADA DIFÍCIL, *por Alberto Guillaume*



1



2



3

(Continúa en la pág. IV)

LAS MÁQUINAS DE LOS BUQUES Y LAS DE LOS HOMBRES

En el mes de Marzo el magnífico vapor «City of Paris,» viniendo de Nueva York á Liverpool, tuvo un contratiempo, que, inutilizándole la máquina lo dejó en la mar á merced de las olas. Llevaba un número considerable de pasajeros, y tanto en Europa como en América se abrigaban serios temores sobre su seguridad. El público recordará cómo se le trajo á remolque al puerto de Queenstown.

Bien, ¿y qué? Se me preguntará. Al fin se vió lo que había pasado, se reparó la máquina y no hubo desgracias que lamentar.

Es verdad; pero vamos despacio. ¿Porque uno no vaya á la mar, se ha de creer que la inutilización repentina de la máquina de un barco, no ofrece una lección que aprender? ¡Qué poco vemos los hombres! ¿No ha estado V. nunca en la cama sin poderse valer en su casa, ó en un hospital? ¿Qué tenía V.? Alguna enfermedad. ¿Qué es enfermedad? Es un contratiempo en la máquina vital. ¿Qué es lo que los médicos tratan de hacer? Curar. Por supuesto. Digamos, por ejemplo, reparar á uno, que viene á ser lo mismo, pues nosotros estamos vivos y funcionamos á impulso de ciertos órganos ó máquinas dentro del cuerpo. Cuando se descomponen y no trabajan bien, estamos malos; cuando se paran, morimos. ¿Comprende V. lo que le quiero decir?

Hay veces en que la máquina de un hombre está descompuesta desde que nace. Hé aquí la historia de cierto sujeto, que pondrá de manifiesto lo que queremos decir. Ese hombre dice: Un barco no es malo porque otro lo sea, pero un niño puede ser débil porque lo han sido sus padres ó alguno de sus antepasados. Se dice en la familia que cuando yo era niño no hacía más que dormir. Bién, un niño saludable debe dormir mucho, pero no constantemente. El niño debe reirse, jugar, llorar, patalear y fijarse en todo. A mi madre no le gustaba esto y fué á ver al médico, que dijo se debía á que el hígado mío no funcionaba bien. Sin embargo, he vivido y he crecido como hacen otros millones de niños, pero la enfermedad heredada se da á conocer más tarde ó más temprano, según las circunstancias.

Hace unos cinco años que empecé á sentirme mal. No sabía lo que tenía. Sentía mal gusto de boca, la lengua pegajosa, estaba cansado y me repugnaba el trabajo. No tenía apetito y cuando comia por una especie de convencimiento, sufría después mucho dolor. Así seguí hasta la primavera de 1888, en que me dió un ataque muy fuerte y tuve que ir por algún tiempo al hospital. Salí de allí todavía débil, y poco después me puse tan malo, que tuve que meterme en la cama. Mi estado ahora no podia ser peor.

El primer médico que vino á verme no pudo hacer nada de provecho y mi familia tuvo que buscar á otro, pues me *encontraba en un estado alarmante*. Me puse peor y sufría mucho. Sentía dolores en todo el cuerpo y especialmente en el vientre, en donde eran fuertísimos. Me encontraba muy estreñido y el médico no sabía qué hacer. Un día me dijo: *no puedo explicarme su estado de V.* Entonces empecé á pensar qué sería lo mejor, que yo podía hacer. ¿Pero qué podía hacer yo?

Me habían hablado de una medicina llamada Jarabe Curativo de la Madre Seigel, que se decía era remedio infalible de enfermedades graves y crónicas, en que otros remedios no habían dado resultado, pero no lo había tomado nunca y no tenia motivo para creerlo así. Sin embargo, algunas veces por caminos muy extraños, llega uno á sitios en que no había estado antes.

Leyendo un día un periódico me encontré con un caso parecido al mío, que se había curado, según decía el que escribía, con el Jarabe de la Madre Seigel. Me decidí á correr el riesgo y mandé por una botella á la botica del Sr. Dyer, Acre Lane, West Brixton, Londres. *A los diez minutos de haber tomado la primera dosis, sentí alivio.*

Excitado y satisfecho exclamé: *Esto es lo bueno.*

Al cabo de las seis botellas me encontraba en perfecta salud. Soy otro hombre. Nunca he estado mejor en toda mi vida y todos mis parientes creen la cura tanto más maravillosa, cuanto que me han visto sufrir de enfermedad del hígado desde la infancia. Con gusto daré informes sobre el Jarabe de la Madre Seigel y sobre el efecto que en mí ha hecho. Firmado: W. Goldspink, 126, Acre Lane, Brixton, y 19, Tachbrook Street, Pimlico, Londres.

El Sr. Goldspink es carnicero, muy conocido y muy respetado. Además de la debilidad congénita del hígado, tenía indigestión crónica inveterada con estreñimiento, complicación peligrosa y á veces mortal. Para esta enfermedad casi universal, que frecuentemente se toma por otra, el Jarabe de Seigel es la única medicina provechosa. Búsquese en los periódicos el testimonio de personas de todas partes.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, de 155. Calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las Farmacias. Precio del frasco, 14 reales. Frasquito, 8 rs.

LOS EFECTOS DE UNA PIPA, *por Godefroy*



1

3

5



2

4

6

(Véase la pág. II)

UNA JUGADA DIFÍCIL, *por Alberto Guillaume*


4


5


6


Tipografía LA ACADEMIA
Ronda-Universidad, 6; Barcelona
